

(1) El "destinatario" no se da por aludido, á pesar de lo directo de la indirecta. Conste. D. M. V.



escuadra en la bahía de Río de Janeiro, — donde le cupo el alto honor de ser el médico del heroico cuanto malogrado Saldanha da Gama, muerto como buen soldado en el campo de batalla, — hasta el instante de dejar el Uruguay lleno de gratitud por las distinciones que mercedadamente ha recibido.

Concluyo, pues, repitiendo un anhelo que constantemente le oía decir; que la emigración de sus compatriotas a este país sea provechosa y que el acercamiento habido con los orientales, motivado sólo por causas internas, sea el asiento sólido de una base de vinculación y de solidaridad en el futuro. A lo que yo agregaba siempre por mi cuenta, que así ser; con más la disminución de la deuda y la libre navegación de la laguna Merim y del río Yaguarón.

Si le parecen buenas estas líneas, anude el ronzal de este potro que ha parado su carrera, en una de las columnas de la REVISTA; y dé por cancelada la deuda de

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

## Del Dr. Joaquín Botelho

Mi estimado señor bachiller don Daniel Martínez Vigil:

No es ni puede ser igual en todas las épocas el estado de ánimo en que se encuentra el espíritu del hombre.

Tiene el espíritu, como el tiempo, estaciones que se suceden y pasan, llevando todas ellas su carácter distintivo y específico.

Las grandes leyes naturales son las sabias verdades primeras que rigen los destinos del hombre sobre la tierra, las que presiden la sucesión de los días y de las noches, y las que hacen que sea la muerte el punto de partida de muchas vidas.

En realidad, sobre todas las ruinas, — las del hombre, por ejemplo, que son las más tristes, — palpitan mundos de seres que nacen de la muerte y surgen de la materia, que pasa al período de cristalización. Es que la muerte encierra siempre promesa de nuevas vidas.

Boileau, el gran Boileau, tenía razón cuando establecía que cada época tiene sus placeres, sus defectos y sus costumbres.

En verdad el hombre tiene en su vida moral tres grandes períodos que se vinculan a su vida material. En el primero, en la edad de la adolescencia, las dulces ilusiones pasan cantando; cantan sí, pero pasan. El hombre entonces cree.

En el segundo, en el período de la virilidad, es natural que las grandes pasiones sucedan a las alegres ilusiones que se fueron como bandada de pájaros. Es cuando las tempestades de la vida expanden fuera del corazón, con sus fantasías, las locas quimeras que, cual las golondrinas de Bécquer, no vuelven nunca. Entonces el hombre cree menos y desea más.

El tercero es el período en que la frente del hombre, amenazada por los frios eternos de la terrible vejez, apenas percibe en

plena calma los ruidos lejanos de las tormentas deshechas. El hombre ya no tiene pasiones, ni creencias, ni deseos tal vez.

Son estos los tres principales períodos de nuestra vida moral, encerrados en el simbolismo del enigma de la esfinge tebica.

En el primero, todos somos poetas, pues hasta aquellos que nunca escribieron versos, los sienten en su alma.

En el segundo se escriben versos, pero no siempre se sienten.

Y en el tercero, no se sienten ni se escriben.

Cada estación de la vida lleva, pues, su sello particular y propio, lo mismo que cada edad sus tendencias y sus inclinaciones.

¿Cómo podré, por tanto, obedecer vuestros estimables órdenes, mi distinguido amigo, cuando ya empiezo a recorrer la triste tercera faz de esta corta vida, aquella que se compone de compacta y pesada prosa y que es declaradamente enemiga de la poesía?

Prosa fría, indiferente, vaga y trillada, elaborada en esa edad de sinsabores y en la de los recuerdos de los días felices, que pasaron fugaces como el vuelo de las lancas palomas.

Por ventura, ¿no encierra una compensación el recuerdo del pasado, cuando éste fué opulento de impresiones y alegrías, cuando puede atravesar el espíritu como una visión del paraíso, como un sueño feliz?

No; el recuerdo de los días dichosos en esta época prosaica é ingrata de la vida, es el mayor de los sacrificios, la más dura de las pruebas para quien sabe sentir, querer y soñar.

Es preciso cerrar el horóscopo de la felicidad a los mirajes incansables de aquellos que ya no pueden gozarla.

¿Para qué exhumar irrespetuosamente el esqueleto de unas pobres fantasías que murieron en la infancia, como mueren todas las fantasías?

Dejad al pobre pecho: no violéis nunca la urna que encierra restos queridos.

Entre tanto, abandonemos la tumba que guarda un cuerpo inanimado y tomemos la cuna que arrulla otros seres que despiertan a la vida.

Busquemos, pues, en este túmulo, que es una cuna también, la perpetuación de la existencia en honor de la sabia naturaleza que hace palpar la vida en el seno de la muerte.

Entre los muchos madrigales de flores marchitadas de aquellos tiempos, ramo de violetas mustio, cuerpecito momificado de ilusiones tan pronto desvanecidas, busquemos recomponer, al menos, un pobre trofeo del pasado, en homenaje al joven poeta que pide versos y a quien le dirijo ésta y aquéllos.

JOAQUÍN BOTELHO.

Montevideo, 21 de octubre de 1895.



## Paraphrase á Stechetti

À Guimarães Passos.

Como foi bello o dia derradeiro  
Que contigo passei, carne adorada!  
Dest-me tudo; e o teu amor é cheiro,  
De essencia fina, santa, idolatrada!

Carne querida, tentadora e ardente,  
Como eu te quero, como te aprecio!  
Ao sentir teu odor cheiroso e quente,  
Sinto o que sente um animal no cio!

Eu que contigo esqueço o mundo inteiro,  
Pra que buscar saber se és boa e pura,  
Se fui ou não o teu amor primeiro?

Eu não quero saber mulher se és casta  
E' vinho o teu amor, que dá ventura:  
Bebemos junctos toda taça. ... e basta!

## Versos de um amigo

A teu lar a buscar-te fementidos  
Corren o Amor e o Bello junctamente.  
O Amor fatiga as almas dos vencidos;  
Sepulta o Bello o Amor rapidamente.

Entanto um sentimento ha que resiste  
Ao engano dos dois e a crueldade;  
E' modesto, é leal, é doce, é triste,  
E o grato sentimento da amizade.

Guarda-te pois, oh bôa creatura,  
Contra os enganões da illusão avara!  
O Bello a um tempo é berço e sepultura.

E o longo Amor, o pobre não repara  
Que morre quando a vida lhe procura,  
Porque a morte do Amor, o Amor prepara.

J. BOTELHO.

## MURRIA

I

El cielo está opaco; las nubes imitan  
inmensos sudarios que envuelven al Sol;  
no vibran las ondas del aire; dormitan;  
no hay luz en la tierra ni en lo alto arbol.

La noche se acerca callada, sombría,  
cubierta en su manto de negro crespón,  
las voces se extinguen en lenta agonía,  
cual notas de un canto, cual ecos de un són.

La flor abatida se vuelve hacia el suelo,  
cual frente que agobia el peso de un mal;  
se aquietan las brisas, y el manso arroyuelo  
se duerme en su lecho de guija y cristal.

Muy triste es la noche que en horrida calma  
presagia la furia de fiero aquilón.  
Pero ¡ay! es más triste la noche del alma  
sin fe, sin creencias, sin una ilusión.

Son nubes las dudas que asaltan mi mente,  
y es lóbrega noche que oprime mi sér  
la amarga tristeza que el hado inemente,  
cual don de la vida, me dió al nacer.

II

El cielo está puro; el Sol lo abrillanta;  
el pájaro entona su canto de amor;  
susurra la brisa; la flor se levanta;  
hay luz en la tierra y en lo alto fulgor.

En tanto mi alma sumida en la pena  
vegeta cual planta privada de luz;  
soporta impasible su injusta condena  
y lleva cual mártir su ofensa y su cruz.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.



## EL LABRADOR Y MOTEZUMA

## EPISODIO DE LA HISTORIA DE MÉJICO

Del monarca Motezuma  
Ante la angusta presencia  
Un labrador mejicano  
Habló así con entereza:  
Ayer de tarde, Señor,  
Cultivaba yo la tierra,  
May tranquilo en mi heredad,  
Cuando un águila altanera  
De grandor extraordinario,  
Sobre mí con gran violencia  
Abatióse, y en sus garras  
Suspendióme con presteza.  
Largo trecho por los aires  
Me llevó, hasta que cerca  
Me puso de grande gruta,  
Donde vi un hombre con bella  
Vestidura real cubierto,  
Que dormía entre diversas  
Aromas y lindas flores,  
En profunda calma intensa,  
Con un pebete encendido  
En la descuidada diestra.  
Acerquéme luego más,  
Y en él vi tu imagen cierta,  
Quizás tu persona misma,  
No lo diré con certeza,  
Aunque creo que tenía  
Muy sana la inteligencia.  
Retirarme quise entonces  
Con el temor que respetas;  
Pero una voz que en los aires  
Fuerte resonó y severa,  
Sobresalto dando al alma,  
Me ordenó que de tu diestra  
Aquél pebete tomase,  
Y encendido lo pusiera  
En una parte del muslo  
Que tenías descubierta.  
Cuanto pude reveléme  
A tal maldad, mas tremenda  
La misma voz violentóme  
A que al punto obedeciera.  
Yo mismo, Señor, yo mismo,  
Para resistir sin fuerza,  
Apliqué el pebete ardiendo  
Donde mandado me fuera;  
Pero vos tan impasible  
Quedasteis bajo esa prueba,  
Que muerto os considerara,  
A no ver las claras muestras  
De profundo y dulce sueño  
En vuestra frente serena,  
Y en la igual respiración  
Que la vida manifiesta.  
Entonces aquella voz  
Cuyo recuerdo amedrenta,  
Y salir me parecía  
De entre los vientos y nieblas,  
Siempre altiva, irresistible  
Me dijo de esta manera:  
Así duerme vuestro Rey  
Entregado á la indolencia,  
Entre la holganza y placeres  
Y los vicios y riqueza,  
Y á los Dioses ha ofendido,  
Y á muy lejanas tierras  
Enemigos poderosos  
En són vienen ya de guerra  
Para derribar su trono  
Sus a'tares y creencias.  
Anda, dile que despierte  
Y se ponga á la defensa,  
Para remediar, si puede,  
La tempestad que se acerca.  
Calló la voz, y al instante  
Prendióme el águila altera,  
Y me puso en mi heredad  
Sin hacerme alguna ofensa.  
Cumpló, Señor, de los Dioses,  
Las órdenes, y mi lengua  
Humilde y fiel os repite  
Su justísima advertencia.  
Despertad, pues los irritan  
Vuestro crimen y soberbia;

Despertad, Señor, que es malo  
Sueño que tanto enaïena,  
Y no vencen los cautivos  
De la criminal conciencia.  
Mirad que si vuestro oído  
No oye del pueblo las quejas,  
En acusación terrible  
Hasta los cielos ya llegan.

1880.

RAMÓN DE SANTIAGO.

## De Dorila G. de Orozco

Señor Dr. don Víctor Pérez Petit.

Muy señor mío:

Contestando su estimada carta, en la que me pide algo para la REVISTA NACIONAL, le diré únicamente lo que siento. Yo tengo un gran amor y profundo respeto por todo lo que se relaciona con el engrandecimiento y cultura de esta nuestra tierra querida. En mis años mejores, cuando la vida me sonreía con los encantos de la juventud, dedicaba mi tiempo á lo que yo creía que ayudaba á engrandecer la Patria: á enseñar á los niños. Mi escuela era una cátedra hermosa; allí me sentía feliz porque era amada y escuchada con veneración. ¡Qué rica semilla sembré en aquella tierra nueva, dispuesta á recibir el germen de vida intelectual que derramaba sobre ella á manos llenas! Yo aprovechaba todos los momentos para hacer nacer, al calor de mi corazón, el amor por la patria y sus instituciones, por todo lo que era grande, noble y bueno. De aquel delicado consorcio de la mujer joven con la niñez incente, tenía que nacer la poesía; por eso canté. En un lira recorrí la escala de todos los dulces afectos, vibrando, más alta que todas, la nota que entonaba á la patria. La escuela me comprendía en mis momentos de inspiración, porque cuando yo decía: ¡Silencio! sólo se oía el latido de mi corazón que batía mi pecho y el correr de la pluma sobre el papel. Cuando levantaba la cabeza, todas las cabecitas se erguían y con la súplica en la mirada me decían: lea V. Entonces el lazo se estrechaba, y mi canto sencillo, sin galas, pero sentido, engendraba con amor en el cáliz de la inocencia misma, tomaba alas y acariciaba la fente pura de aquellos ángeles y se anidaba en su corazón. Así despertaba los sentimientos que quería despertar y acallaba las pasiones que querían nacer. Yo manejaba el verso como una vara mágica; pero allí dentro de mi escuela, de mi teatro, donde siempre recogía aplausos que me halagaban porque eran espontáneos. ¡Qué más gloria para quien se sentía feliz de aquel modo?

Poco á poco, aquellas hojas de papel escritas en renglones desiguales, eran copiadas por manos pequeñas y lindas, y así fueron saliendo del dominio de la escuela. Volaron por ahí como avecitas, y como eran tiernas, cariñosas, inofensivas, se hicieron querer y algunas llegaron á la prensa y andaron en sus columnas.

Ahí tiene V. la historia de mis versos. Pero lo que se le perdona á la mujer joven, sin pretensiones, ¿se le perdonará á la que ya peina canas? Imposible! Yo no tengo arte, ni ciencia, ni tengo ya inspiración. ¿Qué puedo hacer para una Revista que lleva el título de Nacional, y que lo es, en realidad, pues constituye el más fiel y honroso reflejo de la intelectualidad uruguaya en su momento actual, así por el número y significación de sus colaboradores como por la selección y variedad de su contenido? Allí debe figurar lo bueno, lo castizo, lo hermoso, todo lo que aquí y fuera de aquí nos haga valer. Si con todo lo dicho, cree V. que son publicables los versos que le remito, puede Vd. concederles un espacio en la REVISTA NACIONAL. Lo saluda muy atenta,

DORILA CASTELL DE OROZCO.

## Á UN ALMA ENFERMA

Alma que gimes sin hallar consuelo  
Sobre la tierra donde goza el hombre,  
¿Eres acaso de otro mundo errante  
Triste viajera?

Bellos ropajes y armoniosas formas,  
Como unas ricas de cristal preciado  
Que sacras guardan el incienso y mirra,  
Regios te envuelven.

Y alas de rosa perfumada y fresca  
Tiendes, y buscas con afán y anhelo  
Por altos montes y profundos valles  
Auras de vida.

Ves como baten las rugientes olas  
Contra la triste y solitaria roca,  
Como el dolor que en la callada noche  
Cruel te avasalla.

Y en el suplicio del titán que rompe  
Sus fuertes fibras en la enorme rueda,  
Miras romperse tus potentes bríos  
Huérfana y sola.

Cruzas incanta por jardín hermoso,  
Donde las flores su perfume suave,  
Que mata á veces con sutil veneno,  
Gratas te ofrecen.

Y en esa sed inextinguible, ardiente,  
De hallar el cáliz de la dulce esencia,  
Vas aspirando la mortal congoja  
Siempre anhelante.

Vanos delirios que la mente forja,  
Cuando sonríe la ilusión ofrece  
Con pácidos mirajes seductores,  
En la mañana,

Y más se aleja del ideal hermoso,  
Y más le busca con la angustia fieri  
Del que siente plegarse la esperanza,  
Cual flor marchita.

Que rueda y cae en ignorado abismo,  
Como ruedan las lágrimas del triste  
En el seno profundo de la duda  
Que todo mata.

¿A dónde irás buscando de otra vida  
El hábito fecundo que encadena  
Tu destino y en lazo perdurable,  
Por siempre vivan?

DORILA CASTELL DE OROZCO.



## Papando rodeo

—•••—  
A JOSÉ E. RODÓ.

Allá arriba, en la cuchilla, tapizada por el trébol y los cardos borriqueros, que se empina detrás de la manguera abarcando con su lomo toda la parte sudeste del horizonte, todavía dos peones corrían el ganado lanzando el "¡ap! ¡ap! ¡ap!" monótono de los troperos y revoleando sobre sus cabezas el arrearador de lengua trenza, para traerlo al rodeo. Un novillo "tubiano" se había empujado en no bajar a la llanura, y así que tomaba un poco de delantera se "cortaba" hacia uno ú otro lado, dispersando de la tropilla como alma que lleva el diablo, arrastrando en su galope las demás reses que daban la pena negra á Daniel y Pedro. Y aquí otra vez de los afanes y juramentos de los dos peones de la estancia de don Calixto, que salían como flechas en sus "fletes", chicoteándolos á dos lados, clavándoles las espuelas en los hijares hasta hacerles sangre, para dar alcance á los animales dispersos. Cuando se los traían al paso, todos reunidos y creyendo logrado su objeto, el maldito novillo aquel se abría cancha en menos tiempo que se santigua un cura loco, y huía con su rápido trotecito, bufando por lo bajo, guasqueándose á sí mismo con la cola y volviendo un poco la cabeza como para burlarse de sus perseguidores.

— ¡Bicho del diantre! — murmuraba Pedro entre dos juramentos, mordiendo con ira el barbijó que retenía el gacho sobre su cabeza y revolviendo su "overo" bruscamente, dócil al freno, para lanzarlo tras de la res huida.

— Costalealo no más, — le gritó, entonces Daniel; — y á ver si lo echás sobre el alambrado, que de juro le paramos asina las manos.

Y á su vez, echándose sobre el cuello de su caballo mientras le "cerraba piernas", se lanzó á la carrera para recoger á los otros animales que se desbandaban por la cuchilla.

Entretanto, abajo, en el llano, los demás peones de don Calixto mantenían quieto el ganado, rodeándolo con sus caballos. Las reses estaban allí apretadas, confundiendo la variedad de sus "pelos" en una masa oscura y confusa, moviéndose algunas inquietas, otras paciando tranquilamente la hierba y levantando, de cuando en cuando, un mugido ronco y nasal. Sobre toda aquella apretada masa de animales que confundían sus pelajes colorados, negros, overos y barrosos, se destacaban los cuernos como una selva móvil de cortas y punteagudas ramas. Las "lecheras" muy pacíficas, rumiando perezosamente el pasto, miraban con sus grandes y redondos ojos adormilados á los peones de la estancia, moviéndose apenas cuando alguno de éstos cruzaba á su lado; y los bueyes, quietos los unos, intranquilos los otros, caminaban lentamente de un sitio para otro, mugiendo á veces y con la pata trasera derecha escarbando la tierra que arrojaban á cierta altura. Algunos toros se venían lentamente hasta las primeras fi-

las, moviendo la cola, para observar, llenos de desconfianza, á los ginetes.

— ¡Y que hacen ésos! — preguntó de pronto don Calixto, el patrón, alzando la cabeza para observar los movimientos de Pedro y Daniel.

— Es el novillo aquel — contestó uno de los peones — que no paice sino que tie viente en los caracuces. Anda alza'o el bellaco.

— ¡Pero, por qué no lo echan sobre el alambrado, canejol! — exclamó don Calixto, impaciente de la larga espera.

— Es lo que quieren hacer, — replicó el péon de antes, que observaba las evoluciones de Pedro, — pero el animal es lo mismo que luz pa zafarse de las manos.

— Lo mejor sería enlazarlo, — dijo, de pronto, á media voz un paisano viejo que chupaba un cigarrillo negro medio apagado, y que parecía dormirse sobre su "doradillo" — un "fletazo de mi flor" que había hecho comer cola á todos los parejeros del pago.

— ¡Enlazarlo? ¡Jum! La cosa es medio peluda — contestó á esto Nereo, el capataz de la estancia, mirando al paisano viejo. — ¿No ve que la res es mala y sólo su hijo tiene lazo?

Ante aquella palabra de *hijo*, el paisano se irguió sobre su caballo como un muñeco de resorte y, chispeante los ojos, replicó con su voz ronca y además airado:

— Mi hijo. . . ese chanchito no es mi hijo, ya lo sabés tu. . .

Y mientras salivaba por el colmillo y recogía violentamente las riendas haciendo revolver á su caballo, agregó con odio reconcentrado:

— Ojálá el torito lo ensartara en las guampas al puerco.

Los demás paisanos que querían entrañablemente á Pedro y respetaban á ño Nicasio, su padre, y como quiera que, por otra parte, estaban hechos á oír en boca del paisano viejo terribles maldiciones contra su hijo, no contestaron una palabra á las últimas pronunciadas. Nereo, el capataz, haciéndose el distraído, fué hacia un buey que se salía del rodeo y, revoleando el arrearador, gritó, llamándole por su nombre:

— ¡Hop! Pajaritol. . .

El animal volvió grupas con calma y dócilmente se mezcló á las otras reses.

Hubo un momento de silencio. Todos parecían observar atentamente el trabajo de Pedro y Daniel. Ahora habían logrado reunir la tropilla y los traían á los animales á media rienda.

Los peones galopaban en sus caballos siguiendo de cerca á los animales vacunos, y éstos bajaban en dirección al alambrado.

— Güeno; aura los traen — dijo un péon, rompiendo el silencio.

— ¡Quien sabe! — replicó otro — el novillo viene tomando delantera. . . ¡malol!

Y en efecto; el paisano que así hablaba parecía adivinar las intenciones de la res. También Pedro hubo de hacer idéntica observación, porque, abandonando la retaguardia, se corrió hacia el flanco de la tropilla.

No tan pronto como lo deseara hizo esto, porque el condenado "tubiano" dando un resoplido y bajando el testuz se escurrió hacia un lado y cruzó como un relámpago

por delante de Pedro, escapando otra vez cuchilla arriba. Casi rozó el caballo de Pedro, y éste mismo alcanzó á descargarle, lleno de ira, un arrearadorazo.

— ¡No dije! — exclamó el péon, viendo la dispersada.

— Mejor será que lo dejen — indicó el capataz.

— No, señor, — dijo entonces el patrón — A ver. . . ¿Daniel no tiene lazo?

Nereo contestó que no; que sólo Pedro lo tenía.

— Güeno, — agregó don Calixto; — tu, vasco, andá á dar una manito, y enlacen ese animal asqueroso.

Salió el comisionado á galope, mientras el paisano viejo, implacable y rencoroso, murmuraba otra vez lleno de odio:

— Ojala le meta una guampa en el vientre. . .

La historia era ya vieja y nadie, en los alrededores, la ignoraba. Pedro se había enamorado de una linda chinita, Sandalia, á la que cortejó durante largo tiempo. Después, logrados sus favores, y ya que los padres de la muchacha no le decían una palabra, se la alzó en ancas un buen día y se la llevó á su rancho. Los padres de Sandalia se amosaron un poco por aquel rapto y hasta se permitieron ir á llorar sus quejas á ño Nicasio que se reía de la diablura de su hijo. Porque es lo que ellos decían. . . ¿á santo de qué pucha les robaba la muchacha? ¿No la tenía allí, lo mismo, en casa de sus viejos? No era por nada, ¡pucha!, porque ellos ya sabían que la muchacha tenía que encontrar, un día ú otro, á su hombre; que para eso han sido hechas las muchachas, y "asina" Dios lo quería. . . Pero, ¡pucha!, privarles á ellos de su hija que les ayudaba á cuidar el campo, lavar la ropa y hacer el amasijo, eso sí era lo que les indignaba. . . Lo de los amores y trapicheos no era nada, — volvían á repetir, — que todos, el que más y el que menos, los habían tenido, y hasta ellos mismos, los padres de Sandalia, no estaban más que "ajuntados", y eso no era pecado, que ellos supieran; pero la acción, la acción, ño Nicasio. . . Robarles el trabajo de su hija. . . ¡Pucha! Eso es lo que daba rabia. . .

Con todo, la pena de los viejos fué amonoriéndose y concluyeron por ir á visitar á su hija. Ellos no sabían conservar rencor á nadie, y mucho menos cuando veían que Sandalia les solía hacer algunos regalitos. En el entretanto los años seguían corriendo, y Pedro continuaba más y más enamorado de su china que ya le había regalado tres hijos. Pero un buen día, hete aquí que ño Nicasio ve aparecer á su señor hijo, quien viene á participarle que, aprovechando la llegada de un "padre cura" que anda por ahí echándole aguas á los muchachos y hasta á los hombres hasta entonces vírgenes del agua bautismal, desea casarse con su Sandalia "pa estar bien con Dios" El paisano viejo dió un brinco como potro que gineatan por vez primera y puso el grito en el cielo. ¿Qué es lo que iba á hacer aquel loco? ¿Casarse con aquella china zafada y sucia? ¿Pues no faltaba más? ¿No era suya? ¿Acaso se la querían robar? Pues, ¡para qué



casarse con aquella mujer, hija de unos perdidos y perdida ella misma? No, señor, ¡canejo! El, Nicasio, no le daría su consentimiento y antes que ver á su hijo casado con aquella mujercuela, prefería coserlo á puñaladas, ¡canejo! Padre é hijo se separaron furiosos.

Tampoco estaban por el casamiento los padres de Sandalia. ¿A santo de qué casarse ¡pucha! ¿Vivirían mejor con eso? ¡Mire Vd. qué disparate! Allí estaban ellos, sí señor, muy felices y contentos, sin precisar del cura, y eso hacía más de veinte años. Lo que pretendía Pedro, era una burrada, ni más ni menos. Iba á casarse, y después que Sandalia fuera su mujer propia, tal vez los echara á ellos de casa y suprimiera los regalitos. En el fondo, esta era la única causa de la oposición de los dos viejos. ¡Claro! Así que Pedro se casara, ya no era más el raptor de su Sandalia, y ellos no tendrían derecho á dádivas y regalos. . . . ¡Pucha, con la manía de querer casarse! . . .

El asunto se fué enredando y ño Nicasio amoscándose por grados. Le gritó á Pedro, le suplicó, le llenó de insultos, le pidió lloroso y conmovido que no le deshonrara, concluyó por maldecirle. Por fin, quedaron rotas las relaciones entre padre é hijo, y el cura echó su bendición á la pareja.

De entonces, ño Nicasio pareció transformarse. Era un paisano rudo, pero inflexible y esclavo del honor. En una semana, sus cabellos negros se tornaron grises. La luz huyó de sus pupilas y su semblante se hizo duro y adusto. Encerróse en su rancho y no quiso ver á nadie. Se avergonzaba como una mujer cuando se cruzaba con algún conocido, y temblaba de ira cuando oía hablar de Pedro.

Los años pasaron y aquel odio continuó encendido en el corazón del paisano viejo. Una vez llegó á sus oídos la nueva de que su hijo estaba en cama, muy enfermo, que se moría, que le llamaba á él, solicitando su perdón. No Nicasio fué inflexible; no quiso acudir al llamado; hasta se puso contento pensando en la muerte del que lo había deshonrado. Luego, Pedro mejoró milagrosamente, y el padre se hizo más hosco que nunca. Parecía que aquel su hijo había querido engañarle; obtener su perdón para curarse enseguida. Y el despecho acrecentó el rencor del viejo paisano.

Algún tiempo después de la enfermedad de Pedro, murió Sandalia. Los amigos del primero creyeron, entonces, posible un acercamiento con ño Nicasio, pero al tentarlo, éste los sacó con el rabo entre las piernas. Más tarde, el tifus le quitó dos hijos, conjuntamente á Pedro, llenándole de dolor. Sin embargo, al ver la alegría que reflejaba el rostro del paisano viejo ante la pena de su hijo, nadie se atrevió á hablar de reconciliación.

Y así estaban las cosas aquella tarde en que Don Calixto paraba rodeo en su campo. No Nicasio, según su costumbre de deseársela la muerte á Pedro á cada instante, acababa de echarle una nueva maldición. Los paisanos ya no paraban mientes en ello, y sólo el capataz pensó para sus adentros:

—“Pedro va á acabar mal. . . El viejo se lo desea” . . .

—¿Enlazarlo?

—Mesmo.

Y Pedro no inquirió más del vasco, el comisionado por Don Calixto. Preparó el lazo, esperó que éste hiciera lo mismo, y se dirigió hacia el novillo chúcaro.

Daniel había logrado traer al rodeo los demás animales y, junto con los demás peones, el patrón y ño Nicasio, observaba la faena de Pedro y el vasco.

El novillo “tubiano”, en vez de huir hacia la cuchilla como antes, se venía al llano con un galope corto. Entonces los dos peones, siempre alerta, uno á derecha y el otro á la izquierda, le siguieron sin tentar el enlazamiento. Tal vez el animal, por sí solo, entrara al rodeo. Pero á unas dos cuerdas del paraje donde estaba don Calixto con su gente, el novillo se paró en seco, volvió grupas y miró á sus dos perseguidores.

—El lazo,—gritó brevemente Pedro al vasco, sofrenando su “overo”, mientras el otro hacía lo mismo.

Todos tenían los ojos fijos en los dos hombres y la bestia. Nicasio, de reojo, miraba el cuadro, experimentando un secreto alborozo ante la idea de que el novillo fuera á hacerle el gusto de reventar á su hijo con una cornada. Así se cumpliría su maldición y aquellos hombres verían que él no perdónaba.

—Está lindo pa el tiro,—arguyó el capataz Nereo observando que el animal estaba casi enemigo de los dos peones.

El novillo meneó un instante la cola, mientras retrocedía algunos pasos. Pedro adelantó un tanto su caballo y en el momento que la bestia rompía á disparar, le gritó á su compañero:

—¡Aura!

Y él, á su vez, arrojó con mano certera su lazo que, silbando, fué á cerrarse entre las astas del toro. Al mismo tiempo, éste embistió contra él. El vasco dió vuelta al caballo y tiró. . .

Pero su lazo que sólo había cerrado un solo cuerno del novillo, se escurrió. Pedro ladeó su caballo y el “tubiano” pasó rozándolo; pero al tratar de enfrentar al toro, el overo se enredó las patas en el lazo y cayó al suelo.

Aquello fué rápido como el relámpago y los que presenciaban la terrible escena no se dieron cuenta de ello. El novillo había vuelto sobre Pedro y le había lanzado en el aire de una cornada. El pobre mozo lanzó un grito y se revolcó entre el pasto que bañaba con su sangre.

Aquel grito de dolor, al través del espacio, azotó el cuerpo del paisano viejo como una ráfaga helada. Una sensación convulsiva le agitó de pies á cabeza como si alguien acabara de hundirle un acerado cuchillo en el vientre, revolviéndoselo entre las entrañas. Parecía que el estómago se le subía á la boca. Su cabeza sufrió un mareo. Su mano se crispó entre las crines de su caballo, clavándole las uñas en el cuello. Durante unos segundos, estuvo casi parado sobre los estribos, los ojos fijos, abiertos, idiotizados, con una mirada suprema en la que

reconcentraba todo su sér, todo su corazón, toda su alma. Las alas de la nariz se le estremecían al paso de la respiración fatigosa; sus dientes se incrustaron en el labio inferior; los músculos de su rostro se contrajeron violentamente en un espasmo de sufrimiento. Y aquella conmoción terrible, inmensa, feroz que le sacudió hasta la última célula de su cuerpo, apenas duró un minuto. A la vista de su hijo herido, de aquel hijo que veía en peligro de muerte por vez primera, ante aquella sangre que le bañaba y que era su propia sangre, todos los sentimientos paternos despertaron al fin en su corazón, bravos, pujantes, desordenados. Un inmenso sollozo le subió desde las entrañas hasta la garganta, desgarrándose entre sus dientes apretados como un rugido de fiera. Su odio por aquel hijo se transformó súbitamente en un amor loco, frenético, avasallador, y sintió que una fuerza violenta y poderosa animaba sus miembros entumecidos por los años. Y entonces clavó las espuelas á su caballo con furia, despiadadamente, hasta hacerle resollar de dolor, y se lanzó á la carrera,—un escape vertiginoso, como una tromba, que superaba todas las carreras del valiente “dorado”, —descargando una lluvia de lazazos sobre el anca de su caballo, que avanzaba como un relámpago; animándolo con la voz, tendido sobre su cuello, queriendo ayudarlo con su aliento, nervioso, frenético, terrible.

Al oír el grito de Pedro, todos á una se lanzaron á salvarle. El novillo estaba á cuatro pasos de su víctima, disponiéndose á embestirlo nuevamente. Pero el paisano viejo que había cruzado como un torbellino entre los demás gauchos, llegaba ya junto al “tubiano” y antes de sofrenar su caballo, con la ligereza de un muchacho, se tiró á tierra, con el facón en la diestra. Su cabello estaba en desorden; en sus ojos brillaba todavía aquella mirada fija, terrible, idiotizada; su rostro contraído por una sensación horrible, inspiraba terror. Y allí, cuando la bestia iba á atacar á Pedro, la mano firme del gaucho bajó fulminante sobre las patas traseras, desjarretándolo.

El novillo cayó hincado y rodó al suelo. Los amigos de Pedro que llegaban disparados como saetas, en pelotón, se arrojaron al suelo sin detener sus caballos y acudieron á levantarlo en brazos, constatando que la herida, aunque grave, no era mortal. Entonces ño Nicasio que, pálido y tembloroso como un niño, esperó el fallo de los peones sobre la vida de su hijo, pareció recobrar el aliento: sus ojos perdieron aquella mirada de espanto, su frente se desarrugó y mientras una alegría infinita irradiaba por todo su rostro poniendo una sonrisa entre sus labios agrietados, murmuró con voz en que aún había el temblor de los sollozos:

—Demontre de muchacho! . . .

Y volviéndose hacia un lado para que no lo vieran los paisanos, con el reverso de su curtida mano se secó las lágrimas que saltaban á sus ojos empañándole la vista.

VICTOR PÉREZ PETIT.



## PRETÉRITAS

(A N UN ABANICO)

El color de las hojas de tu abanico  
Es el color simbólico de la esperanza;  
El que luce los prados en primavera:  
El color de tu alma.

Sobre las hojas verdes de tu abanico  
Quedan los versos míos como una mancha,  
Con el color simbólico de los que mueren:  
El color de mi alma.

Cierra las hojas verdes de tu abanico,  
Cierra tu alma;  
Que sólo pueden darte los versos míos  
Sombras y manchas!

GUILLEMO P. RODRÍGUEZ.

## Gopina

Todo era noble en ella; hasta su aspecto  
la revelaba altiva,  
su frente alta, su mirar sereno,  
su conjunto radiante de armonía.

Todo era noble en ella; alma sublime  
perdonaba sincera,  
porque el rencor es de los pechos viles,  
que agiganta el perdonar la ofensa.

Todo era noble en ella; si quería  
era siempre espontánea,  
no calculaba en el amor, tenía  
muy generosa y superior el alma.

Todo era noble en ella; nunca tuvo  
sentimiento mezquino;  
no conoció la envidia, ni otro alguno  
que desmentir pudiera su altruismo.

Todo era noble en ella; hasta el martirio  
llegaría abnegada;  
dispuesta de su vida al sacrificio,  
sólo su honor solicita guardaba.

¿Qué más puede ofrecer en bellos dones  
la humana criatura,  
que eclipse tan brillantes resplandores  
en esta incierta vida de penumbras?

Mujer nacida para amar, tenía  
valor, ternura y gracia;  
las condiciones del hogar reunidas  
con ese temple de alma que agiganta.

Mas nunca fué feliz, no halló a su paso  
alma igual a la suya,  
y si la halló jamás fué comprendida  
ni comprendió tal vez. ¡Problema extraño,  
incógnita por cierto bien obscura!

ADELA CASTELL.

## COSMOPOLITA

(Capítulo I de una novela que se publicará en breve)

El mozo había concluido de prender la última lámpara del café. Los parroquianos madrugadores entraban con el mondadiente en la boca, demostrando que recién se levantaban de la mesa.

Los hermanos Cobos, dueños del establecimiento, comían en una pieza contigua al salón de juego, mirando por la puerta que comunicaba con éste, intencionalmente abierta para atender a los clientes.

Enrique Martínez, era uno de los que concurrían primero. Tenía la costumbre de comer temprano, y no bien concluía el último bocado, cuando se dirigía al café a politiquiar con dos o tres amigos que como él concurrían temprano, antes de que empezaran las partidas de juego.

Comotenía Martínez un hermano representante en Montevideo, todos le suponían al tanto de la política diaria, é iban muchos, hasta el mismo Jefe Político, a consultarlo cuando llegaba al pueblo alguna noticia alarmante.

Hacia cinco años que estaba allí, sino gozando de las simpatías de todos, por lo menos de la mayoría, lo bastante por cierto para halagar sus aspiraciones de hombre político.

Cuando se recibió de farmacéutico, su hermano lo recomendó al jefe anterior, de quien era muy amigo, y la protección oficial de éste le valió muchísimo, sobre todo contra los médicos, porque Martínez no solamente preparaba recetas sino que también curaba por su cuenta.

Después que hubo tomado tranquilamente su taza de café, pidió unas barajas y se puso a sacar un solitario. Estaba el café casi desierto; las mesas de billar conservaban aun las fundas de cotín blanco y rosado; las otras de mármol blanco, con cuatro sillas de Viena alrededor, sólo tenían en su centro una botella de agua; y allá en el fondo del salón, junto al pequeño mostrador que servía para despachar las bebidas, en una mesa redonda, dos italianos peroraban amigablemente entre sorbos de café que bebían en una copa. Eran el herrero y su oficial, marchantes infalibles de la misma hora y de la misma mesa, que iban después de comer a tomar su café para retirarse enseguida a machacar hasta altas horas de la noche, en el ennegrecido yunque, las herraduras viejas, salidas como arena de la fragua.

Después de Martínez entró Juan Panini, almacenero mayorista, uno de los más fuertes del pueblo; se acercó a la mesa donde se hallaba Martínez y pidió un café.

—Que tal amigo? dijo tomando una silla para sentarse; qué novedades tenemos?

—Ninguna, contestó Martínez dando vuelta la última baraja que tenía en la mano. Mi hermano debe de estar ocupado en algún proyecto cuando no me escribe. Además creo que todo marcha perfectamente y en armonía.

—Pues yo, qué quiere que le diga, me parece que no va el gobierno como usted dice. El Siglo es muy moderado, y el artículo de ayer estaba un poco picante hablando de una renuncia en masa del ministerio, lo que me hace suponer que hay algo grave.

—Ríase de cuentos! los periodistas son los que menos saben de estas cosas; si hubiera algo grave como usted dice, ya yo lo sabría.

En cuanto al ministerio le puedo garantizar que ninguno de sus miembros renuncia: no son hombres como para imponerse.

—¡Qué milagro que V., que es gubernista, diga eso!

—No critico al ministerio porque siga en un todo la política del presidente, pues que así lo exigen las circunstancias porque atravesamos, para no quebrar la unidad del gobierno.

—Lo que es yo, amigo Martínez, no aceptaría ningún puesto, por más encumbrado que fuese, en esas condiciones.

—Ni yo tampoco. Pero eso es lo que necesitamos; paz, mucha paz, aun a costa de nuestras opiniones. Ahí entra Pérez; ahora verá qué de barbaridades dice contra el gobierno; como es procurador erce que el gobierno es un pleito y que él depende de la parte contraria.

—Amigo Pérez, dijo Panine, aquí lo estamos esperando para hacer un partido.

—Siento mucho no poder acompañarlos esta noche, contestó el interrogado, porque tengo que presentar mañana un alegato y recién hoy me lo ha mandado el abogado de la Capital.

—Está Vd. hecho un hombre trabajador.

—A la fuerza ahorcan; cuando suba mi partido, puede ser que descanse: lo que siento es que va quedar muy flaca la vaca de la Nación, porque sus correligionarios, amigo Martínez, no le van a dejar ni pelos.

—El pez por la boca muere: V. está descaendo que caiga nuestro partido para subir con los suyos y hacer lo mismo, si es así como V. dice. ¡Vaya un criterio político!

—No señor, no tome el rabano por las hojas. Podemos desear puestos públicos, pero seguramente no se nos iba a pegar en los dedos ningún centésimo de la Nación.

—¡Quisiera verlos en el poder!

—Y nos verá, porque esto tiene que reventar por algún lado.

—No diga disparates.

—Yo no tengo partido, interrumpió Panine, por que soy extranjero, pero noto que esto va mal, que tiene que haber algún cambio; cada día va peor el comercio; si fía uno, no le pagan, y si no fía, no se vende nada; ¡no sé donde vamos a parar!

—Natural! mientras tengamos estos ladrones...

—Eso sí que no le permito que diga; será la que se quiera el gobierno actual, pero en cuanto a honradez, no hay nada que decir.

—Es V. muy inocente! ¡Y acá ide meten el presupuesto sino en el bolsillo de los mandatarios?

—El presupuesto? el presupuesto? ¡Si no lo pagan porque no alcanzan las rentas!

La conversación iba tomando mal giro



porque Pérez era muy exaltado en sus apreciaciones y Martínez, como tenía un hermano en el gobierno, se creía en la obligación de defender todos los actos de éste, aun que generalmente concluían estas discusiones políticas en algún partido de casino. En esto la presencia de Manuel Gómez con un desconocido cortó la discusión antes de tiempo. Gómez, sonriéndose como de costumbre, fué a sentarse con un acompañante al lado de la mesa donde estaba los otros.

—Señores, dijo, les presento á un amigo, el señor Víctor Cavar, y dirigiéndose á los que estaban sentados fué nombrando uno por uno. Después de los cumplimientos de estilo y haberse ofrecido mutuamente sus respectivos domicilios, Gómez desafió con Cavar al casino á la pareja que saliera:

—Acepto el desafío, exclamó Panini; yo voy con Martínez (que era uno de los mejores jugadores al casino del Pueblo).

El mozo del café empezó á sacar las fundas de la mesa de billar donde se jugaba al casino, dió más luz á la lámpara de doble mecha que pendía del techo sobre el centro de la mesa, y después de colocar los palillos en los puntos marcados con papel sobre el paño verde, dejó las bolas arimadas á la baranda.

La mesa del casino se hallaba colocada al costado derecho del salón, entre las puertas que daban acceso á la confitería, las columnas y las mesas de juego cubiertas también con carpetas verdes.

Las paredes del salón pintadas al fresco sólo ostentaban un pequeño espejo cuadrilongo cubierto su marco con un tul rosado, dos oleografías representando dos manolas y varios otros cuadros colocados todos simétricamente, que figuraban paisajes de playa grabados en acero.

Los jugadores después de haber elegido los tacos que se hallaban colocados alrededor de las columnas en taqueras circulares expresamente construidas para adaptarse á aquéllas, empezaron á puntear.

Le tocó tirar á Martínez. Primero pegó con el taco en la bola con mucha suavidad y la hizo colocarse cerca de la tronera arimada á la baranda; después, de idéntica manera, colocó el casino en la tronera opuesta.

—Lo que es aquí, dijo Cavar, no tengo nada, y colocó la bola que tenía en la mano izquierda sobre la mesa, la movió con el taco hasta ponerla casi á la altura de los palos y tiró sobre la otra que pasó rasgando junto á aquélla.

—A todo esto, dijo Gómez comprendiendo que su compañero no era ningún chambón, no hemos interesado el partido con algo que estimule.

—¿Qué quiere que juguemos? contestó Panini que nunca hacía un partido sin jugar aunque más no fuera el café y el coñac que tomaba todas las noches.

—La revancha de la docena de habanos que me ganó Vd. ayer.

Gómez no era un jugador ni mucho menos, pero sí era algo pretencioso y además poco le importaba perder un centenar de pesos; era hijo de una de las familias más ricas del Departamento, y administrador,

después de la muerte del padre, de los bienes de los herederos.

En uno de los viajes que hacía frecuentemente á Montevideo había conocido á Cavar en el mismo hotel donde paraba y se habían contado su vida y sus intenciones. Le dijo que había nacido en Italia, pero que venía de Francia comisionado por varios capitalistas para que estudiara nuestro clima, las costumbres de los habitantes y el suelo, á fin de establecer una colonia agrícola é industrial; que era ingeniero agrónomo y que había sido director de una colonia francesa en el África.

La colonia, según él decía, no sólo se ocuparía de labrar la tierra y cultivar las plantas más en armonía con la naturaleza del país y la textura del suelo, sino que con el auxilio de algún río correntoso formaría un molino hidráulico para moler los granos de la misma colonia, una destilería para hacer aguardiente y con los residuos mantener los animales; y una fábrica de tejidos en que se harían las telas necesarias para todos los colonos.

El proyecto era vasto y lo tenía estudiado detenidamente. Lo que le faltaba era conocer un poco más el país, buscar el paraje más adecuado para establecer la colonia y escribir á los comitentes para que lo autorizaran á fin de contratar la venta con los dueños de las tierras.

Gómez, entusiasmado con el proyecto, le había manifestado que el pueblo donde residía era inmejorable para esos fines: á más de ser la tierra bastante fértil, uno de los ríos más caudalosos de la república pasaba muy poco distante del pueblo. Quedó Cavar en que tan pronto tuviese sus cosas arregladas en la capital iría á visitarlo y de camino estudiaría el paraje.

Cavar había llegado al pueblo el mismo día en que Gómez también llegaba de un viaje hecho al saladero de... á vender unos novillos. Grande fué su sorpresa al encontrarse con su amigo y quiso presentarle á sus relaciones. Primero se lo llevó á comer á su casa, y después al café, donde sabía que se reunía todas las noches lo principal del pueblo.

El primer partido, que era á seis rayas, lo habían perdido Cavar y Gómez por más de una, entusiasmado á los contrarios que lo creían un parti lo de robo.

—La revancha! dijo Martínez después de haber parado los palos volteados por él; y si quiere doblar la parada...

—Bueno, dos docenas jugamos; y le llevo la mitad, amigo Cavar!

En este intervalo de tiempo el café se fué llenando de parroquianos; unos se colocaron al rededor de la mesa de casino para ver el partido; otros se diseminaron en grupos por las mesas de mármol y otros se fueron á sentar en las de juegos. En la mesa de la carambola cuatros mocitos imberbes, entre alegres chanzas, se disputaban un partido.

Pero lo que causaba más alboroto en el café era la mesa del solo. El oficial primero de la jefatura vociferaba por que un compañero había hecho una mala jugada.

—Miren que bruto! decía, le ha hecho salvar el as...

—Pero si yo, contestó el aludido, creí que V. tuviera la malilla y toda la copa.

—E-a es una chambonada, señor recaudador de rentas, que no la hace un chiquilín.

—La cuestión, dijo Matías López, actuario del juzgado departamental, es que si no es por eso me dan codillo. Si no era solo!

—¿Que lástima! dijo el que iba de zángano ¡que un pozo tan crecido se lo lleven por una chambonada!

—¡Parece menti a, volvió á decir el oficial 1.º, que haga tanto tiempo que estén jugando y aun no sepan tener las cartas en la mano!

—Lo que es yo he jugado perfectamente; sino tenía más que dos copas bajas!

—Hígame el favor de callarse, chambón, chambón...

—Bueno, se acabó.

—Voy solo, dijo López.

—Voy más, gritó el oficial 1.º, que dominado por la ira se aventuró á jugar un solo casi perdido.

A las diez el café estaba en su apogeo de movimiento; el mozo y los hermanos Cobos iban de un lado á otro para atender los continuos pedidos de los parroquianos.

A rededor de la mesa del casino se habían sentado una porción de parroquianos no dejando más espacio que el necesario para poder jugar los jugadores. A todos les había presentado Gómez su amigo y lo acosaban con infinidad de preguntas que contestaba éste con esa habilidad característica del hombre de mundo y que se revelaba en sus más insignificantes movimientos.

Era Cavar uno de esos tipos excepcionales que presenta la humanidad, predestinados por todo para ser en esas efervescencias de las masas, los grandes genios que las conducen al heroísmo ó al crimen, y en los períodos normales á estrellarse con sus extraordinarias facultades contra el medio impropio para desarrollar sus extravagantes aspiraciones.

Dotado de una inteligencia poderosa y una educación poco común, se conquistaba las simpatías de todos los que lo trataban por primera vez, aparte de que su presencia exterior era la de un perfecto caballero. Alto, ni grueso ni delgado, de bigote y cabello rubios, de nariz recta y blanca tez, y correctamente vestido, causaba la admiración de toda aquella concurrencia ávida de tratarle y conocerle.

—Me parece haberlo visto á V. en Montevideo, dijo el agente fiscal, al presentárselo.

—No sería extraño, contestó Cavar, si es V. de la ciudad.

—Sí señor, hace muy poco que estoy en este pueblo, y francamente, encuentro una verdadera satisfacción cuando alguien me trae noticias de Montevideo, donde me he criado y donde tengo mis relaciones.

—A la verdad que Montevideo tiene demasiados atractivos para que se ausente uno sin recordarla. Yo soy extranjero, y puedo por lo tanto decirle á V. con imparcialidad que es una de las ciudades más bellas del mundo; su posición topográfica, su clima y el carácter jovial y franco de sus habitantes, la hacen altamente simpática.



—He observado que á muchos extranjeros que venían de pasada por nuestra ciudad, les ha agradado tanto, que se han localizado después en ella. Le podría citar, para robustecer mi afirmación, una infinidad de ellos, sobre todo artistas, á quien tenemos hoy en Montevideo, ya ejerciendo el arte que han cultivado, ya dedicados al comercio ó alguna profesión.

—He conocido algunos.

Disputábase el último partido de casín; habían ganado la revancha Catur y su compañero por muy pocos tantos, y entusiasmados los contrarios quisieron jugar el bueno.

Todos los golpes que se tiraban eran comentados por aquel auditorio que interesado ya por algunas apuestas de afuera que habían jugado, ó ya solamente por simpatías, no hacía más que seguir la bola contraria para aplaudir cuando ella hacía un desparramo en el centro de los palos, ó contonearse cuando pasaba raspando por ellos.

—Muy bien, señor Catur, ese doblete ha e tado muy bien tirado.

—¡Oh! una casualidad.

—Una desgracia, amigo Martínez! el parabola ha sido tirado como de mano maestra.

—En que estoy mal hoy: no hago nada.

Llegaron á las últimas tantos casi golpe á golpe. No podía decirse que hubiera superioridad de una á otra parte. El último golpe lo tiró Martínez; tenía la bola contraria tapada y quiso tirar una tabla que le costó el partido.

—Señor Catur, dijo Panine antes de salir, le dejo pagas las dos docenas de habanos que he perdido.

—No consiento. De ninguna manera.

—No señor, esa es nuestra costumbre, el que pierde paga. Además, puede ser que mañana las desquite.

—Será una satisfacción para mí.

Después se armó un partido al golfo de seis que duró hasta la tres de la mañana. El café fué perdiendo poco á poco toda animación; primeramente se cerró la confitería, después se apagaron las lámparas de los billares cuando quedaron éstos desocupados, quedando tan solo iluminado el salón por una lámpara de fuerte reflector colocada en la pared del fondo y otra que se hallaba al lado del mostrador.

El mayor de los Cobos, que era el que quedaba para atender al servicio de la noche, se había quedado dormido reclinando la cabeza sobre los brazos cruzados, en una mesa de mármol. No se sentía más que el ruido de las fichas al rodar sobre el tapete y la algarabía que de cuando en cuando se levantaba en la mesa del solo ocasionada por alguna mala jugada, ó el canto inenteligible de algún borracho que entraba por la puerta del salón que daba á la calle, haciendo levantar la cabeza soñolienta del dueño del café.

—¡Las tres! dijeron todos al sentir los lentos campanazos del reloj que retumbaban en el café desierto, y empezaron á liquidar al siete y medio las fichas que les sobraban ó les faltaban para completar las cajas.

—Había sido Vd. hombre de suerte! dijo Gómez dirigiéndose á Catur.

—¿Porqué?

—Por que en ningún juego ha perdido. Y ahora para completar las cajas se ha levantado dos ó tres.

—Espero que mañana nos dará la revancha, señor Catur, dijo Juan Solar.

—Cómo no! Se reúnen todas las noches aquí?

—Sí señor, todas las noches: esta es nuestra única diversión. En un pueblo de campaña no hay otra.

Y salieron todos, levantándose en la calle los cuellos de los sobretodos al sentir el aire frío de la mañana que les penetraba la ropa.

JOSÉ ANTONIO MORA.

## EL HÉROE

Á Daniel Martínez Vigli.

En la patria resplandece,  
como brillante lucero,  
Artigas, que es el primero  
que al enemigo estremece.  
El adversario enmudece  
ante su heroica divisa  
que libertad profetisa  
y da gloria á su legión,  
que al extranjero mandón  
turba, acobarda y sumisa.

Todo un pueblo se agiganta  
para mirarlo extasiado,  
y recorriendo el pasado  
estas estrofas le canta:  
Es en las Piedras que encanta,  
y en el Cerrito que exime,  
y en las Guachas que reprime,  
y en San José que es notable,  
y en Santa María espectacular  
y en el Exodo sublime.

Titán de lucha afanosa,  
que al valor y al heroísmo  
aliabas el patriotismo  
de tu raza prodigiosa,  
fué tu bandera gloriosa  
la que abatió la genérica  
y opresora fuerza ibérica  
de la época colonial;  
la que libró al Oriental  
de la esclavizada América.

En el bronce y el granito,  
en la prensa y la tribuna,  
en los llanos de tu cuna  
y en las cumbre del Cerrito;  
donde resonó tu grito,  
allí fueron proclamados  
los principios admirados  
desde los Andes al mar;  
desde el océano polar  
á los montes escarpados.

El escudo, la bandera  
y las glorias uruguayas  
te siguen á extrañas playas,  
como al Sol sigue la esfera.  
Y de la región postrera  
del lejano Paraguay,  
sin dejar sentir un ¡ay!  
y con sentimiento tierno  
enviaste un abrazo eterno  
y un adiós al Uruguay!

JOSÉ LUCIANO MARTÍNEZ.

## Moisés

En una zona de aquí lejana,  
Bella comarca donde las flores  
Copian un manto de mil colores  
Abrillantado por luces mil,  
Hay un gran río, franja de plata,  
Brillante adorno de la cintura  
Del gran Egipto, cuya hermosura  
Retrata un día del mes de abril.

Á la ribera de esa corriente  
Posó en las perlas de blanca arena  
Su pie tan niveo como azucena,  
Como un ensueño de casto amor,  
Una princesa que semejaba  
Venus á orillas del mar Egeo;  
Beldad fingida por el deseo,  
Sobre un nevado campo, fulgor,

Cuando á su oído color de rosa  
Llegó el lamento que parecía  
Risa de un ángel, blanda armonía,  
Beso que estalla, trino sin par;  
Y era que el hijo de hermosa hebreá  
La miel del pecho materno ansiaba,  
Dentro de un cesto que navegaba  
Sobre las aguas con rumbo al mar.

Mira hacia el río la tierna joven;  
Ve como un nido de blancas plumas;  
Como un gran cáliz hecho de espumas  
Entre irisados chispeos ve.  
Desnuda al cuerpo de sus vestidos  
Que juntos forman cielo escarlata  
Con mil estrellas de oro y de plata,  
Y en la agua interna su hermoso pie.

### II

La princesa encantadora  
Nada con presteza suma,  
Y á sus costados la aurora  
Hace un lirio que colora,  
De todo fleco de espuma.

El cielo es de luz un mar  
Con sus costas de arbol,  
La brisa aroma sin par,  
Cada palmera un cantar  
Y cada laguna un sol.

Y la joven nadadora  
Botón de jazmín parece;  
Copia de la blanca Aurora  
Que en la nube que colora,  
En la atmósfera se mece.

### III

La casta virgen sonriente  
Ya en la playa, con cariño,  
En su ventura inocente  
Aureo porvenir presente  
Para la vida del niño.

Cada beso encantador  
Que da al infante la hermosa  
Se parece á un ruiseñor  
Vibrando arpegios de amor  
Sobre el cáliz de una rosa.

Y cual columna de gorjeos de aves  
Que se eleva al azul en la alborada,  
Una espiral de melodías suaves  
Por la luz del candor arrebolada,

Surgía de aquel grupo delicioso  
Buscando los jardines del Edén,  
Como en instante de esplendor glorioso  
La voz de los pastores en Bethlehem.

Y así como en un sueño nacarado  
Escribe el ángel del amor sentido  
La cifra del ideal acariciado,  
Vislumbre de un deleite prometido,



Mano invisible en la celeste esfera  
Con rasgos fulgurinos escribió  
El nombre de la estrella mensajera  
De la aurora que a un pueblo despertó.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

## BAJO EL CEIBO

No era raro encontrar hace algunos años recorriendo las cuchillas de nuestra hermosa campaña, gallardos paisanos de fisonomía enteramente semita. Ojos grandes, de córnea cenicienta, pupila negra y mirada de fuegos; fisonomía regular y hermosa con un ligero tinte cianótico; pelo negro y sedoso cayendo en chenchas largas y bien cuidadas sobre dos hombros fornidos,—unido todo esto a un cuerpo esbelto, hacían de un gaúcho peleador, nacido en las lomas uruguayas, un árabe indolente criado en los cálidos desiertos. Nuestro suelo era apropiado para dar vida a esa raza espiritual que ama la libertad y los horizontes dilatados;—y por eso el primer vástago de andaluz nacido en las cuchillas; cantó décimas ardientes de amor en un lenguaje desbordante de figuras; hizo sentir al potro la rodaja de sus pesadas espuelas, y adornó su cintura con el puñal y el trabuco, temible complemento de su salvaje valor. Una figura así era la del paisanito Elías, peón de la Estancia de Correa en las costas de Santa Lucía. Hermoso como el sueño de amor de una mujer romántica, y fuerte como el tronco del coronilla, era a la vez el que mejor quebraba los desdenes de una china y el que con más elegancia y soltura resistía los violentos «corcobos» de un bagual.

Una vez decía «que había tenido tiempo, mientras el potro hecho un «ovillo» «bella-queaba en un costa-abajo, de acordarse de su novia y de atarse la *vincha* que los saltos del bruto le habían desprendido.» En las yerras «pialaba» siempre a pie con insuperable destreza; y no había novillo fuerte para aquel paisano de cintura flexible y musculosas pantorillas. Esperaba sonriente a la puerta de la «manguera» la salida siempre rápida del animal; y desde allí, con un movimiento natural, gracioso é inteligente, cerraba la armada de su lazo en las fornidas manos del toro. ... Corría éste un momento, un solo segundo, mientras Elías echaba el cuerpo atrás, arrollando al mismo tiempo el grueso lazo a la cintura y... ¡paf! ... caía el vacuno con las «raíces pa arriba», envuelto en el polvo levantado por la dura pezuña. «Eso vale un trago! Eso vale un tragó!» gritaba el capataz de la yerra, con voz sonora desde los «palos de la manga», mientras la res enfurecida pateaba en el suelo y el «marquero» corría hacia el fogón. «Pues si vale, que venga» contestaba Elías; «que la botella y la china de mí no se han de quejar»; ... y sonreía orgulloso, seguro de su fuerza y su destreza, escuchando con deleite el coro ruidoso de carcajadas que arrancara su pronta y maliciosa contestación. Bebia, y armaba de nuevo el lazo, en tanto que el bicho libre ya de las ligadu-

ras, se levantaba del suelo y corría a las cuchillas. A veces, sin embargo, llamado por las risas y los gritos de los tomadores de mate, se dirigía al fogón con la cabeza en alto, el ceño arrugado y la mirada chispeante; y era de verse entonces cómo se recibía al mal encarado huésped. Los rústicos asientos que coronaban el fogón eran rápidamente abandonados; y en medio de la risa de los unos y las voces de los otros, los palos de la manguera y las ruedas de la carreta se iban poblando de los bulliciosos componentes de la campera tertulia. Alguno más «lerdo» que los otros, sin tiempo para huir, quedaba «echado de barriga, con la trompa en la ceniza», según el rudo decir de la alegre paisanada. Pero era en el fogón junto a las brasas, con el mate en la mano, donde se destacaba vigorosamente la superioridad de Elías. Tenía bromas picantes y oportunas para todos; narraba con atrevimiento y pintoresco lenguaje, los menores accidentes ocurridos en el día, desfigurándolos a su gusto para darles aquel exquisito sabor cómico que hacía reír estruendosamente a su pequeño y fascinado público, ó contaba alegres historias de amor, en que surgía con caracteres relevantes del cerebro de aquel paisano experimentado, pintada el alma de la mujer de campo.

Otra veces, por la noche tomaba la guitarra, y al compás de un es'i'o dulce, como esas notas desmayadas que arranca el viento fuerte a las campanas, cantaba, transformado de entusiasmo, versos apasionados a la patria ó a su china. Entonces los compañeros de faena dejaban de hacer marcas en la ceniza, se acomodaban en sus duros bancos, y permanecían inmóviles como troncos, para escucharlo mejor. De vez en cuando, en los pasajes culminantes, giraban suavemente sus cabezas y un «jué pucha» pasaba de un cerebro a otro en alas de una vivísima mirada; pero nadie interrumpía aquel artístico silencio, aquella sentimental quietud. Sólo las llamas rojizas del hogar se movían como serpientes enbravecidas, y al beso de su fatídica luz todos los rostros tomaban un aire misterioso, casi infernal. Al terminar, todos galanteaban al paisano que tan «agradable rato les había hecho pasar», y no faltaba algún viejo, de barba larga y amarillenta como lana de carnero Lincoln, que lo pusiera como ejemplo a los demás, ó recordara sus proezas de joven, refiriéndolas con tan extraordinario abultamiento que una sonrisa incrédula y burlona aparecía en los labios de todos. Y en lo más graneado de los elogios, cuando todas sus habilidades se comentaban y aplaudían, solía abandonar el grupo, cantando bajo y con tono malicioso su verso favorito:

Sólo dos cosas me faltan  
En este mundo aprender:  
Girir el cuerpo a quien me busca  
Y engañar a una mujer.

••

El buen humor del paisanito Elías, solaz de aquella estancia, había muerto desde que sus ojos vieron a Manuela. Desapareció, como matrero perseguido, su carácter decididor y bullanguero, y en las cocinas no se

oyeron más sus bromas ni sus cantos. Su conducta era objeto de misteriosos comentarios por parte de la peonada, que lo veía pasar compasivamente exclamando: «Le han hecho daño». A veces algunos compañeros atenciosos le preguntaban cuál era la causa de su disgusto: «Sí, amigo, el hombre que no se *rei* y come sin *atorarse*, *giede* a osamenta; no puede estar *gueno*».

Pero él sonreía forzosamente a los interpelantes y contestaba, que no; que se sentía bien; que comía como un yaguaré; que el biricuyá no siempre está florecido; y los paisanos se retiraban entonces cabizbajos diciéndolo para sí: «No hay más: le han hecho daño».

Era Manuela hija del dueño del establecimiento, y la conoció Elías una primavera, época en que la familia se retiraba al campo con el fin de tomar las aguas de Santa Lucía. Era linda y más que linda, fuerte y decidida. Con sus cabellos rojos como el tallo joven del caraguatá, sus ojos garzo de mirar atrevido y su andar ligero de gama, se la hubiera tomado por una mujer escita. Era a caballo, atravesando a la carrera las cuchillas, con las riendas en una mano y el látigo en la otra, animando su tordillo fatigado con la voz y la espuela al mismo tiempo, que se revelaba aquella joven en todo el esplendor de su belleza. Le gustaba saltar zanjas y correr entre los cardos; las palomas huían asustadas a su paso, y ella reía como una loca, embriagada por los caprichosos movimientos que la falta de senda hacía describir al animal. Corría los venados que encontraba en el campo hasta hacerlos guarecer en el monte, y allí cogía flores de espinillo y adornaba artísticamente su pecho, mientras el caballo con la cabeza alta reparaba sus fuerzas aspirando brisás de la selva. Sabía que era hermosa, pero más que de su belleza parecía preciarle de su poderosa energía física. Así es que muchas veces arrastrada por su fuerte amor a la aprobación, refería a los de su familia sus correrías por el campo, con voz fuerte, lenguaje varonil y ademán resuelto, para que la oyeran los peones, segura de despertar su entusiasmo. A raíz de estas narraciones un mundo de cuchicheos brotaba en la cocina: «es ardiente como brasa de coronilla» decía uno abriendo desmesuradamente los ojos; «y traviesa como zorrillo mamón», respondía otro, después de mecer una sonrisa con un movimiento de cabeza. Y todos convenían en que «era sencilla y *guena* como el apio cimarrón». Un día hizo con frases vehementes el elogio de su tordillo negro, y al terminar exclamó con ademán enérgico y fiera *atliana*, haciendo silbar la fusta que llevaba en la mano: «Donde pisa mi caballo ya no nace más la hierba». Un «*jué pucha!* moza ladina» estuvo a punto de reventar de todos los labios; y hubo paisano que para darle salida a aquella corriente nerviosa tan férreamente detenida, tuvo que quebrarse como *ñandú* corrido por los perros. Sólo Elías en su mudo dolor no tomaba parte en las conversaciones que la «roja» provocaba; sólo él permanecía al parecer insensible a los latigazos con que aquella mujer de fuego hería el espíritu de sus



compañeros. Sin embargo, cuando algún paisano jaranista, con frase audaz, quería descubrir á través de la negra y elegante bata, bellezas interiores, con lasciva alegría de sus oyentes, solía mirarlo de una manera extraña y terrible, hasta hacerlo enmudecer, visiblemente turbado. Y cuando Manuela, que tenía especiales atenciones para él, lo interrogaba con expresión cariñosa sobre cuestiones de campo, la contestaba con sumo respeto, pero procurando siempre poner punto final á la conversación. Una tarde, alejado del resto de la peonada, cortaba sauces y coronillas en el monte, para hacer alambrado. Al golpe de la fiosa hacha, hábilmente esgrimida por sus nervudos brazos, mil ecos de protesta se levantaban en el monte, cuyo silencio sólo interrumpían el murmullo de las hojas y el canto de los pájaros. Blancas lenguas de corteza caían sobre la hierba al pie del árbol, mordidas por el acero, mientras duros gránulos de médula se esparcían como abanico en el espacio y lo cruzaban con fuerza de perdigones. Vencido por el tajo continuado, el árbol se inclinaba entonces suavemente, para caer después con fuerza sobre el muelle lecho formado por el despojo de sus hojas secas y el verde pasto crecido á su sombra. Elías incansable y afanoso, pasaba de un árbol á otro, renovando en cada uno de ellos sus movimientos acompasados, su jadear rítmico y sus inclinaciones automáticas; insensible á los cuchicheos con que las selvas se comunicaban sus secretos temores y á la agitación de las aves que iban á cantar allá muy lejos como para privarlo de la música de sus trinos. Llevaba el *chiripá* muy corto, «como para correr pollos entre los *juyos*», según decían los paisanos en su pintoresca glosa, y una *vincha* blanca sujetaba sus cabellos que querían jugar con el trébol y las enredaderas. Al ruido sordo del paso de un caballo sobre la hierba, irguió su cuerpo y vio aparecer entre los árboles, como á la luz de la mañana, á Manuela, con el tordillo jadeante. — «Buenas tardes, Elías»; — el paisano saludó respetuosamente quitándose el sombrero. — «Andaba recorriendo como de costumbre el campo, y como de costumbre también he entrado al monte; y después, mirando el tendal de árboles con la curiosidad ingénita en ella, añadí: — «Parece que tiene el brazo fuerte y el hacha bien afilada». — Elías dió las gracias con una sonrisa. — «Dígame, ¿qué flores son esas más rojas que el color de mi trenza, que cuelgan como campanillas de las ramas de ese árbol?», y señalaba un ceibo. — «Flores de ceibo, señorita; son tal vez las más lindas que tiene el monte. — ¿Me quiere Vd. hacer un ramo? Ya estoy fustidada de las flores del espinillo y de esas otras grandes y moradas del camalote, que recojo allá en la Cañada de los avestruces. — El paisano se apresuró á hacer lo que se le pedía, é hizo un ramo grande, tan grande que resultó feo. El pobre nunca los había hecho; á su china no le daba flores sino besos. — ¡Oh! qué grande! dijo ella, las repartiremos, ¿no le parece? — Con mano ligera separó la mitad de aquellas flores y unidas en artístico manojito se las ofreció al

paisano, que las tomó confuso, casi temblando.

Y mientras ella inclinada sobre el caballo colocaba aquel ramo en su pecho, el paisano la miraba con ojos extraviados. Veía sus facciones delicadas y hermosas, sus labios rojos; contemplaba aquellas manos blancas, como la leche del higo verde y diminutas como la semilla del lirio cimarrón, agitarse nerviosamente, mientras su surgente seno de mujer robusta seguía el movimiento acompasado de su respiración anhelita; sentía en los brazos el peso ligero de aquel cuerpo elegante y bien vestido, y un malestar extraño embargaba todo su ser. Ya iba á arrodillarse sobre el pasto sin saber lo que hacía, en un movimiento estúpido de automática, cuando ella, que de nada se había apercibido, golpeó nerviosamente con el talón de su bota los ijares del caballo y — hasta luego, Elías!, le dijo. El monte iba ya adquiriendo el matiz de las tardes avanzadas, la brisa vespertina jugaba con las flores robándoles sus perfumes, y Elías permanecía inmóvil al pie del florido ceibo, cuyas hojas proyectaban sombras fugaces sobre su rostro pálido, últimos reflejos del Sol que se ocultaba.

De pronto, y como si despertara de un profundo sueño, exclamó con acento de rabia indefinible: «¿Qué le he de decir, si yo soy *pión* y además está comprometida?

Dos meses después de esto una agitación extraña en la Estancia sacudía hasta el polvo de sus más apartados rincones. El ruido de los platos y las fuentes alternaba con el ladrido de los perros y el piafar de los caballos atados á los «palenques». Docientas personas de rostro animado, se cruzaban en los patios y galpones, conversando y riendo.

En el campo, á poca distancia de las casas, se veían alegres grupos de paisanos al rededor de buenas hogueras, vigilando los gordos asados con cuero y tomando mate amargo. Cuando alguno de jacket bien puesto se acercaba á estos grupos, se le invitaba á sentarse sobre una cabeza de vaca, sobre la cual ponían con atenciosa deferencia un «coginillo de carnero para darle blandura». Se le ofrecía mate después, y si era varonil y campechano quedaba bien pronto convertido en la primera persona de aquella sencilla reunión. La voz confusa y aguda de las mujeres que hablaban á un tiempo en las piezas interiores, y en la que sólo se percibía de vez en cuando la palabra ¡hija!, solía llegar hasta los fogones, haciendo reír á los paisanos que las comparaban á una bandada de cotorras asustadas.

Aquel día podía decirse que la vida de un pueblo se encerraba en una estancia; y era que Manuela se casaba con un doctor de la Ciudad. Por un capricho natural en ella, había querido que el casamiento se celebrara en la Estancia, donde, según decía, había pasado los mejores momentos de su vida.

Esa noche los «invitados con papeleta», como los llamaban los paisanos, se sentaban á la mesa con trajes apropiados al acto, mientras éstos sin asomos de envidia, orgullosos con su *chiripá* y sus espuelas, iban á

los fogones á comer sabrosos churrascos y á reírse de los «sacos partidos en el *anca*». En lo más animado de aquella cena, y cuando el vino copiosamente bebido, iba dando brillo á las miradas y calor á las conversaciones, Elías recostado en el mismo ceibo que poco tiempo antes había presenciado sus mortales angustias, como una fiera embarracada que reabre con la garra sus viejas cicatrices, renovaba con el pensamiento sus dolores. Tenía en la mano el ramo de flores coloradas que una tarde le diera Manuela, y que él conservaba sólo porque había sido de ella. El monte estaba oscuro y silencioso; en las sombras veía á Manuela jovial y bulliciosa sentada al lado de su esposo en aquella mesa en la que no tenía siquiera el derecho de presentarse; la miraba feliz en los brazos de aquel hombre, devolviendo con creces sus caricias ardientes; y, hasta por un fenómeno de poderosa sugestión, creyó oír sus risas argentinas destacarse en el mutismo de la noche, como una burla sangrienta á su dolor.

Entonces aquella enorme tensión nerviosa se espació por sus miembros como una violenta descarga eléctrica, y todo su cuerpo tembló como las varas verdes del sauce cuando el viento las sacude.

El dolor es rítmico, como rítmico es el viento y rítmicos son todos los movimientos. Por eso Elías bajo el imperio de esta misma ley, vió después á la mujer amada jugando con sus rizos de seda negra; sintió su brazo fino posarse delicadamente sobre su hombro y envolverle, como una boa, su garganta, y el calor de un beso voluptuoso pareció que le quemaba la mejilla. ....

«Todo es falso; sólo es verdad mi desgracia», dijo el paisano; y dos lágrimas ardientes descendieron lentamente de sus ojos negros y fueron á juntarse con la gota cristalina de rocío, que, como una caricia de la noche, depositaban los sonidos sobre las hojas del trébol, de la gramilla y la marcela. La luna pareció compadecerse de su dolor, pues uno de sus rayos más hermosos cruzó el espacio, plateando á su paso las ramas del ceibo, y lo besó en la frente. En la cocinas comentaban su ausencia repitiendo: «le han hecho daño.»

JOSÉ IRURETA GOYENA.

## Informe Universitario

DE LA

COMISIÓN DE LATÍN Y GRAMÁTICA CASTELLANA

Sr. Rector de la Universidad Mayor de la República, Dr. Alfredo Vásquez Acevedo:

La Comisión nombrada para reformar los programas vigentes de las asignaturas de Latín y Gramática Castellana, en cumplimiento de su cometido, tiene el honor de elevar á V. S. el resultado de sus trabajos, conjuntamente con el presente informe explicativo de los fines y propósitos que han guiado á los firmantes para variar de



una manera radical el método de enseñanza de dichas materias.

Hemos reunido en un solo programa la enseñanza de los dos idiomas, el latín y el castellano, á semejanza de lo que se hace en otros países, y establecemos tres cursos graduados para que pueda verificarse racionalmente y con conciencia ese estudio. No se aumenta, por esto, ninguna asignatura en el plan de estudios vigente, puesto que actualmente tienen los estudiantes dos años de Latín y uno de Gramática Castellana, por separado.

Y hemos procedido así, porque estamos convencidos de que, si el estudio de las lenguas se ha hecho hasta ahora de un modo empírico y fragmentario, ha sido, sin duda, por el desconocimiento de los principios de gramática comparada que hoy poseemos merced á los numerosos datos que nos suministran la Filología y la Lingüística, referentes á las lenguas madres en sus relaciones con las lenguas modernas. Es, pues, necesario cambiar de rumbo en el aprendizaje de idiomas que, como el latín y el español, tienen leyes y principios por medio de los cuales se comprenden y explican sus múltiples combinaciones. Debe procederse analíticamente en su enseñanza, y el que los aprende no puede satisfacerse con tomar la palabra formada; debe aspirar, además, á conocer el principio y razón de instrumento tan poderoso.

Por otra parte, el estudio de la gramática es una verdadera gimnasia de la inteligencia, siempre que ésta no se perjudique á expensas de la memoria de los alumnos. Por eso hemos aligerado cuanto ha sido posible el lastre gramatical, reducido á la unidad la flexión del nombre y del verbo, simplificado la doctrina y reglas de los géneros, la formación de pretéritos y supinos latinos, y cimentado sobre principios la explicación de crecido número de verbos llamados irregulares en nuestra lengua. En una palabra, hemos reducido el estudio del latín á lo estrictamente indispensable por su relación con el castellano y por los beneficios que necesariamente ha de reportar á los alumnos.

Fundados asimismo en la unidad, variedad y armonía que deben presidir en todo organismo, hemos ordenado convenientemente los conocimientos sintácticos para su estudio, considerando dentro del régimen las oraciones compuestas subordinadas, que suelen colocarse comúnmente después de la construcción con el nombre de composición latina y tratado de oraciones.

Nuestro plan ha sido, por consiguiente, sentar en unas cuantas lecciones de fonología filológica, como parte introductiva y base de toda gramática, los elementos que entran á formar la palabra, haciendo las aplicaciones convenientes á las lenguas latina y castellana para que los alumnos aprecien con facilidad las diferencias y establezcan las similitudes que entre una y otra existen.

Después de conocer el material fonético, su estructura, sus cambios y las leyes á que éstos se ajustan, entramos de lleno en el dominio de la gramática, y hemos expuesto

la manera como se determina el material ya conocido, las distintas formas que afectan las palabras y las combinaciones que resultan según la clase más ó menos complejas de relaciones que pretendemos expresar ó establecer entre ellas.

Creemos que este sistema es también importante, porque facilita á los discípulos el medio de comparar y distinguir lo que es común á ambos idiomas y lo que es privativo de cada uno.

Tiene, además, el método que exponemos en la enseñanza de estas lenguas, la indiscutible ventaja, sobre el que se ha estado siguiendo hasta ahora, de hacer más ameno y provechoso el estudio de ellas, de ser más racional y de no ofrecer tantas dificultades á los alumnos, pues se facilita la comprensión de la regla ó del principio gramatical con el ejemplo práctico y el análisis continuado y progresivo de lo que se enseña.

Expuestos á grandes rasgos los móviles que nos han impulsado á modificar en este sentido los programas actuales de latín y castellano, sólo nos resta manifestar que para la parte de Gramática Castellana se ha tenido presente el texto del Sr. Laso, con las ampliaciones que en la próxima edición se harán en lo que se refiere á algunos puntos del programa del tercer año.

Suplicamos al Sr. Rector quiera someter á la consideración del H. Consejo, á la mayor brevedad posible, los programas que acompañamos, pues en caso de ser ellos aprobados, publicaremos antes de que se empiece el próximo curso los materiales necesarios para que los alumnos no carezcan de texto, y puedan con provecho entrar en el estudio, principalmente del primer año.

Reiteran al Sr. Rector las protestas de su consideración más distinguida

JAIME FERRER BARCELÓ, *Presidente*, —  
FAUSTINO S. LASO, — LORENZO PONS, —  
SAMUEL BLIKEN, — CARLOS MARTÍNEZ VIGIL, *Secretario*.

## UN AMOR

(NOVELA)

por

VÍCTOR PÉREZ PETIT

PRIMERA PARTE

DEL "DIARIO" DE GERVASIO VELARDE

(Continuación)

11 de Diciembre.

Releo las páginas escritas ayer, y no me parecen muy malas las tesis que he sostenido. Es necesario, — urgentemente necesario — echarle un remedio radical á esta endemoniada vida que yo llevo. Conque... basta de vacilaciones y filosofías. Haré el amor á Marta y después... después que se cumpla la ley inexorable de Darwin.

Hoy en la imprenta, me han entregado una in-

vitación para un baile que se efectuará pasado mañana en la casa de un señor Herranz. Allá irá. ¡Qué diablo! Es preciso que me divierta de todos modos.

No sé que placeres encontraré, ni que amigos vayan allí; pero de cualquier manera trataré de hacer lo que los otros. Me he propuesto echar á un lado este modo de ser que hasta ahora he tenido, y no es el caso que empiece por rechazar las diversiones que se me presenten.

He charlado «largo y tendido» con Calzada. Le he comunicado mis planes amorosos, y no les ha puesto un solo pero. ¿Es que no quiso darme sus consejos ó es que se le importa un bledo el que yo le haga la corte á Marta? ¡Bah! Ya vuelvo con mis reflexiones. Calzada es un buen amigo, incapaz de tener una idea que no me la comunique. Le será indiferente que yo emprenda esos amores y como que, por otra parte, no tiene nada que objetarles, ha guardado silencio.

También he hablado un ratito con Mena, y sobre el mismo asunto. Me dijo que me dejara de tonterías; que los «dragoneos» no traen más que disgustos. Este Mena siempre será el mismo. Es una especie de viejo chocho al cual sólo se le ocurre pensar el pro y el contra, hallando negruras y cuidados en las cosas más corrientes y nimias. ¿Qué disgustos pueden traerme los amores con Marta? ¿Acaso estoy enamorado? ¿Acaso expongo á los combates de las pasiones este mi corazón? ¡Vaya, con el amigo Mena!...

12 de Diciembre

Héctor Llanos se ha hecho grande y buen amigo mío. Parece que hemos «congeniado», y me comprende á las mil maravillas. Estos días pasados nos hemos dado un lata en toda regla, durante horas enteritas, y así como el parece haberse enterado quien soy yo, de mi historia y de mis ideas, yo, á mi vez, le he «scalado» y puedo describirlo como si toda la vida le hubiera conocido.

Como no tengo nada importante que anotar con esta fecha en este diario, y encontrándome en excelentes disposiciones para escribir, voy á entretenerme en trazar el retrato de mi nuevo amigo.

Ya le dicho, días atrás, cómo conocí á Llanos. Hacía tiempo que leía sus artículos con gusto, pues armonizaban con mis ideas. Figurábase que el autor de ellos debiera ser un hombre de unos treinta y cinco años, de ojos huraños, barba cerrala é inculta y aspecto de matón. Habíale pedido á varios amigos que me lo presentaran; pues tenía curiosidad de conocer á aquel sujeto semi-salvaje, destilando bilis y malo como un tigre del Atlas. Pero no lograba hacerme el gusto. Cada vez que el tal Llanos iba á la redacción yo no me encontraba en ella. Por fin el día ocho de este mes, estaba escribiendo en mi mesa, cuando se me acercó un compañero y me dijo:

—Ché, Velarde, ¿tu querías conocer á Llanos, verdad? Pues allí le tienes enfrente, en la Administración, conversando con García.

Alzó rápidamente la cabeza y vi á un joven de unos veintitrés años, de regular estatura, el rostro pálido, cabello negreído y que hacía ademanes pausados, con cierto desparpajo, mientras hablaba con García.

Confieso que sufrí una decepción. El Llanos que yo me figuraba ya lo he descrito, y aquel



que tenía enfrente no tenía ninguno de los rasgos imaginados.

—¿Quieres que te lo presente?—continuó mi compañero.

—Bueno,—le contesté.

Fuese él a la Administración y saludó a la fiera, como yo le llamaba *in mente*, mezclándose en su conversación. A poco, me levanté y entré en aquella pieza.

—Ché, Velarde,—dijo entonces mi compañero—vení... Voy a presentarte al señor Llanos.

Este se volvió hacia mí y hecha la presentación continuó charlando. Su gesto vivo y nervioso, su mirada rápida y profunda, su sonrisa burlona, casi chocante, los rápidos estallidos de su genio voluntarioso é imperante al ser contradicho en su opinión por García, me dieron un momento la sensación del Llanos que yo había imaginado. En aquellos breves momentos que sucedieron a mi presentación, el hombre se me hizo antipático. Hablaba con una autoridad que no vaciló en calificar de pedantería. Usaba muy pocas frases y eran éstas concisas, incisivas, mordaces, de esas frases que no admiten réplica. Sus chistes, cuando los decía, eran graciosos, sí, pero más que graciosos parecían llenos de burla, y sus juicios eran rotundos, severos, á veces sangrientos.

—Le digo á Vd. que ese ni es literato ni periodista ni nada—decíale á García;—es un saltimbanquis indecente que sólo sirve para caballerizo.

Hablaban de un amigo de García, de Urrieta, el del *Clamor*. Y Llanos formulaba su juicio sin rodeos ni ambages y sin admitir restricciones.

Después, siguió la conversación. No gastaba medias tintas, y así como, hablando de algunos escritores de su credo literario, les llamaba genios, á secas; así criticando á los que nada valían, ó muy poco, les llamaba borricos ó camellos. Tenía ideas originalísimas á que yo no estaba acostumbrado y que me chocaron sobremanera. Y lo peorito es que él no aguantaba réplicas: si en algo se le contradecía, ó dibujaban sus labios una sonrisa de lástima que crispaba los nervios ó se desbordaba en un torrente de palabras que, á pesar de ser todo lo cultas que se quiera, le decían á uno claramente: «Vd. no sabe lo que se pesca; soy yo quien tengo razón y Vd. no puede discutir conmigo.»

—Y qué le parece el diputado Peñalva? le preguntó bruscamente García.

Este Peñalva es un hombre que jamás ha abierto la boca en la Cámara, sino es para decir apoyado.

—Pues me parece—contestó Llanos,—que debe de tener la lengua como esas calles sin tránsito, completamente llena de pasto.

É hizo un ademán brusco, como si le hubiera fastidiado la pregunta.

Entonces, habiéndose retirado García, empezamos á conversar de literatura, y Llanos se me mostró tal cual era. Conservaba su acento autoritario, grave; había en sus ojos negros siempre el mismo rayo altanero y lleno de dureza; su voz tenía siempre aquellas vibraciones metálicas que me irritaban los nervios, pero, á pesar de todo ello, y á pesar de que sus juicios y palabras tenían siempre una ironía profunda ó una crítica despiadada, era otro. Mostrábase franco, loquaz, inteligente, con un cierto dejo infantil que me hacía observarle detenidamente para ver si dentro de él había otro sér. Había en el fondo de sus ocurrencias, las más duras y altaneras,

cierto sello de rectitud y sinceridad, que atraía. Por momentos parecía acrecerse, ya narrando una anécdota, ya exponiendo una teoría, ora criticando un libro; y en el calor de su charla, sus ojos vibraban relámpagos de inteligencia mientras sus labios, que un tic nervioso parecía contraer, desbordaban en palabras que estallaban como latigazos al herir, ó deslumbraban como auroras boreales al hacer una descripción. Lucía sus conocimientos vastísimos con la mayor naturalidad del mundo, y las citas de frases históricas y anécdotas, de autores y textos, brotaban á granel, dejándole tamaño. No recuerdo cómo, recayó la conversación sobre Calderón, y Llanos empezó á demostrarnos, como si leyera en un libro, que dicho dramaturgo había imitado bastante á Tirso de Molina y á Mira de Mescua.

—... y finalmente, concluyó, *El mágico prodigioso* tiene reminiscencias á granel de *El Ermitaño galán* del mismo Mescua.

—¿Quién dice eso?—le interrumpió atrevidamente García que había vuelto á nuestro grupo.

Y Llanos, en uno de esos arranques bruscos que hacen vibrar todo su cuerpo y encienden un relámpago en sus ojos, al ver que se dudaba de su palabra, escupió más bien que dijo:

—Lo dice Valera y lo dice Schack; pero aunque no lo hubieran dicho ellos, lo digo yo, y basta.

Seguimos conversando por largo tiempo todavía, y cuando nos separamos creo que éramos amigos. Después, en los días sucesivos, fuimos haciendo confidencias y concluimos por comprendernos perfectamente.

Ahora, sin temor de equivocarme, puedo trazar su retrato moral. Es un corazón bueno, generoso, desbordante de cariño, incapaz de guardar rencor á nadie. Lo que le hace aparecer malo es ese genio vivo que tiene y ese manojito de nervios que le sacuden el cuerpo á la menor impresión, con latigazos furibundos. Anda generalmente mal-humorado, pero después de haber herido á alguno injustamente, así que se le pasó la morriña, vuelve hacia el ofendido para pedirle disculpa con tanta sinceridad que no se puede menos que abrirle los brazos. Su gran virtud y su gran defecto es que es terriblemente sincero: le diría lo que piensa al mismísimo Jesucristo que se le pusiera delante. Nos dice su pensamiento sin ambages ni rodeos, y á veces, al ponernos de relieve, en toda su desnudez, uno de nuestros defectos, no sabemos si darle las gracias por su franqueza ó si pegarle un bofetón por su osadía. Y lo peorito es que no envuelve en flores su crítica; la hace así, muy desnuda y muy fea: él juzga que hace un servicio y que el criticado, con su buen criterio, se lo ha de agradecer. Con una ingenuidad verdaderamente infantil se asombra de que haya quien se enoje por que se le critique sus defectos ó sus obras. Por su parte, él mira como su mejor amigo al que no lo adula y si le habla con entera franqueza. Tiene la manía de la sinceridad. Y lo más grave es que pocas veces se equivoca: siempre pone el dedo en la llaga; por eso el alarido del paciente es tan grande. Con esos sus ojos vivos y escrutadores parece que nos sondeara el alma, que leyera en nuestro pensamiento ó que pillara todos los dictados de nuestra conciencia, y así su crítica es tanto más justa y acerba. En media hora de conversación ya conoce moralmente á su interlocutor, y aunque este pretenda engañarle con sus palabras,

es en vano; él le está leyendo el pensamiento en los ojos y se rie interiormente ó crispas sus labios, señal infalible de su indignación. Pero á pesar de esas críticas y burlas con que nos revienta, con que nos indigna y nos hace, en ciertos instantes, desear romper con él, él nos estima más que cualquier otro amigo y es capaz de dejar hacerse tiras defendiéndonos. Nos quiere de todo corazón y no puede pasarse de nuestra compañía. Nos hiere y nos acaricia; nos critica y nos defiende; nos descubre nuestros defectos y nos estima.

Tiene una ilustración nada común y una inteligencia rápida y poderosa. ¡Lástima que él lo sepa! Él se compara inmediatamente con su interlocutor, y ya no hay quien le aguante. Si se ha reconocido superior á su amigo, sin dejar de estimarlo, parece un despota. Vive para sí y para su pensamiento y nos trata con cierto cariño que tiene mucho de paternal. Y ¡guay! si pretendemos rebelarnos. Entonces nos dá una lección en toda regla sobre el punto controvertido, venciéndonos tan sólo con exponer sus conocimientos; entonces no nos ataca directamente, pero al oírle no podemos á menos que reconocer interiormente nuestra pequeñez. Después queda satisfecho, y así que nos vé doblegados aunque no se lo confesemos, nos tiende su mano, no nos trata de igual á igual y procura por todos los medios, de demostrarnos que nos sigue estimando y que nos tiene como aprovechados.... Pero ¡eso sí! no tanto como él.

Cuando anda mal-humorado no hay quien lo aguante. Es fastidioso, pesado, terrible. Cualquier ruido, cualquier cosa le alborota los nervios y le hace estallar como una bomba. Sus condenados nervios, siempre dispuestos á vibrar se irritan con una frase, con un verso malo, con un rumor. Y su indignación es terrible. Sin embargo hay un medio sencillísimo para calmarle: no llevarle la contra; reconocer lo que él dice;—y entonces, desarmado, empieza él también á hacer concesiones y es dócil como un niño.

Caracterízale, también, una voluntad indomable, casi escocesa. Propónese hacer una cosa, y la hace ó revienta. Quiere saber mucho, y estudia como un endemoniado, sin descanso, hasta las cuatro de la mañana, devorando libros, recogiendo apuntes y haciendo observaciones. Después, propónese escribir tal cosa ó expresar cual idea y no suelta la pluma hasta que lo hace. Tiene una paciencia atroz para recoger apuntes y hurgar libros; tiene un memorión que raya en lo indecente.

Tal es este Héctor Llanos que he conocido en estos días. Él tendrá pocos amigos, pero los que tenga sabrán quererle y tendrán la certeza de ser correspondidos en su amistad.

13 de Diciembre.

Y héteme aquí pensando si debo ó no vestirme para ir al baile de Herranz. Hasta hoy estaba dispuesto á presentarme allí; pero es el caso que ahora á última hora, me he desanimado. Estoy con más deseos de meterme en la cama que de ir á ese baile á abrir la boca como un papanatas.

Lo de siempre. ¿Que voy á hacer al baile? ¿Bailar? Yo me fastidio solemnemente saltando como un muñeco de cordelito. ¿Pasear por los salones? Será eso muy divertido para esos ganzos de largo cuello... de camisa, pero yo, ¡francamente!, no le veo la punta á semejante goce. ¿Mirar las muchachas? Pues con salirme á la calle, y sin pasar una mala noche, puedo dar-



les gusto á mis ojos. ¿Charlar con ellas? Menos mal, si tuviera deseos de echar unos parrafitos; pero es el caso que hoy estoy hecho una bestia y maldita la gana que tengo de hablar con nadie. Estoy seguro que no tendría una sola frase.

Pues me decido. Cierro este diario y me voy á poner á escribir unos versos. Hace tiempo que no publico renglones cortos, y es necesario que el público no se olvide de que existe un Gervasio Velarde.

(10 de la noche).

Bueno, he aquí lo que son mis resoluciones. Apenas he escrito cincuenta versos y ya he vuelto á mi diario. Está visto: cuando «me empaco» en un alejandrino no hay musa que me saque del atolladero. He aquí mi posición:

Porque es sabido ya lectores que yo nunca Me he imaginado que el amor es un chicuelo, Sino un vegetal corrompido y casi lelo Que á las mujeres busca...

Y lo dicho: no encuentro el final.... Es decir, el final, el pensamiento sí lo tengo, pero no acierto á darle forma. Por lo demás, la estrofa no me llena, y no he tenido otro recurso que arrojar la pluma á los perros. Veremos si mañana concluyo la composición.

Pero, en el entretanto, ¿que hago yo esta noche? Son las diez y no tengo sueño.... ¿Si fuera al baile de Herranz?

Está dicho. Voy al baile. Me vestiré en menos tiempo que dice una ganizada García, el de la redacción, y abur.

(Continuará.)

## ABALORIOS

EN UN ABANICO

He visto mujeres de rara hermosura,  
de rostro de cielo, de rítmico andar:  
ninguna cual Lala, la espléndida hechura  
que pudo natura jamás realizar.

Que dióte su música el ave canora;  
su grata frescura la brisa de abril;  
su brillo esplendente la luz de la aurora;  
su hechizo la flor;  
su aroma el pensil.

LA PATRIA

Á un niño preguntéle—¿Qué es la patria?

Y al punto respondió:  
—«Es la tierra sagrada y bendecida  
donde el hombre nació».

Después á un joven, quien me dijo:—«amigo,  
patria es en mi opinión  
el conjunto de afectos que compendia  
el nacional pendón».

Y más tarde á un anciano, que así hablómelo  
con tartajoso hablar:  
—«La patria es la familia dilatada  
fuera de nuestro hogar».

EROTISMO

Mi amor es grande, inmenso, apasionado, erótico,  
irresistible, ciego, frenético, sin par;  
para el que no ha querido quimérico, estrambótico;  
sublime y verdadero para el que sabe amar.

Eterno cual la fuerza, como ella inextinguible;  
como la mar profundo, como ella arrollador;  
voraz como las llamas, como ellas invencible;  
como la luz sin mancha, como ella radiador.

Mi amor es mi existencia á tu existencia atada  
con lazo indisoluble, con vínculo eterno;  
mi amor es tu sonrisa, tu gesto, tu mirada;  
mi amor es incorpóreo, mi amor es ideal.

Que la pasión que siento volcánica, ferviente,  
infunda en tu alma, niña, idéntica pasión;  
que el fuego que consume mi corazón vehementemente  
contagie tu virgíneo, tu puro corazón.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

## NAVEGACIÓN DE LA LAGUNA MERIM

(Continuación)

III

Apenas nacidos á la vida de nación independiente, el caudillaje se alzó prepotente, sirviendo de instrumento, más de una vez, á pasiones mezquinas y bastardas. Los pronunciamientos, las revoluciones y cuanta calamidad pública podía existir, se cernían en el cielo de la patria, como buitres á la espera de la presa; y decepciona el pensar que los que despedazaban el suelo natal, que tanta lágrima y sangre costó, fueran los mismos que con talla de héroes, consiguieron su libertad.

Pequeño consuelo es, en verdad, pensar que no fuimos los únicos en América que dimos ese ejemplo, y recordar que en esa época, la República Argentina arrojaba á playas extranjeras su más distinguida generación de literatos, escritores, hombres de estado y militares. Y ese estado de cosas tuvo su repercusión en nuestro país: forzoso resultado de la íntima vecindad en que vivimos.

Por el lado del Brasil, la situación nuestra no se presentaba muy clara. La guerra de los farrapos habíase hecho simpática y hecho tomar parte á casi toda nuestra población de la frontera norte, haciendo casi imposible y difícil mantener la estricta neutralidad con el gobierno amigo del Imperio. El vencedor de Cagancha, empeñado en llevar adelante la invasión á Entre Ríos, tenía que hacer de diplomático y aliado con *Bentos Manuel*, para allegar recursos é influencias del lado de Corrientes. En la Capital, nuestra cancillería hábilmente dirigida por su jefe, el ministro Vidal, maniobraba y hacía esfuerzos para interesar al Gobierno Brasileiro á una acción común en los asuntos del Río de la Plata.

Los sucesos que se produjeron después de las acciones de *Pago Largo*, *Arroyo Grande* y *Vences*, del lado argentino, y el sometimiento de los farrapos con la paz de *Poncho Verde*, cambiaron totalmente la faz de nuestra situación política internacional, precipitándose los acontecimientos de tal modo, que el Brasil se aisló y se retiró por completo del Río de la Plata, dejándonos por representante un agente consular,—y el Gobierno Argentino consumó la invasión de nuestro territorio vadeando el Uruguay las primeras divisiones al mando de Urquiza que, en una cruzada rápida, persiguiendo los restos del ejército nacional de operaciones en campaña, concluyó con él en la batalla de India Muerta, ensangrentando su

victoria con la orden cruel y feroz de pasar á degüello á 600 prisioneros.

En esta situación, aprovechando hábilmente y explotando los rencores y sentimientos de un oriental, es que el jefe del Gobierno Argentino, representado en la persona de un bárbaro con caracteres neronianos, evolucionó, y convirtió una guerra nacional en intervención armada, lanzando catorce mil argentinos sobre nuestro país, al mando de un jefe oriental.

Haré hincapié sobre el carácter verdadero que investía el Ejército sitiador de Montevideo al mando del general don Manuel Oribe, titulado *Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina*, según consta de la Orden general que se dió en Buenos Aires para su formación por el Ministerio de la Guerra Argentino; el pago de sus presupuestos por el mismo Gobierno; sus principales jefes; sus comunicaciones oficiales, etc., como así mismo el Tratado de Alianza ofensiva y defensiva concluido en 1843 en Río de Janeiro por el Plenipotenciario Argentino general D. Tomás Guido; y, como corolario obligado, la pérdida política que inspiró los actos del Almirante Grefnel, jefe de la Escuadra imperial de estación en Montevideo, sirviendo de asilo á los desertores de la plaza y creando con ello á cada paso complicaciones é incidentes ingratos que debilitasen el temple de los hombres de la Defensa; y tantísimos hechos de descarada maldad que ha recogido la historia en las enlutadas páginas de esa época.

Doy preferente importancia á la política seguida por Rosas, tan bien servida por la obcecación del general Oribe y los hombres que lo rodeaban, política que significaba absorción y predominio sobre nuestra patria, complemento fiel de la traidora cuanto hipócrita intervención argentina.

Las varias intervenciones francesas y anglo-francesas que tuvieron lugar en esa época, principalmente la de 1846, que dió por resultado la Convención Hood, tan ventajosa para ambas partes y, sin embargo, obstaculizada en lo posible por Rosas, son un ejemplo palpable de esa política. Se evidencia más esta política anexionista, con motivo de la cuarta intervención anglo-francesa de 1848.

Para esta misión diplomática fueron nombrados por Francia el barón Gros y por Inglaterra M. Gore. Estos plenipotenciarios debían tratar directamente con el general Oribe y el Gobierno de Montevideo, sin entenderse para nada con el de la República Argentina.

Los nuevos plenipotenciarios de Inglaterra y Francia empezaron sus negociaciones con el general Oribe, el cual no tuvo inconveniente en hacer la declaración que se le exigía, en conformidad con las bases de la convención Hood.

Necesitábase, no obstante, para que las tropas argentinas se retiraran del territorio Oriental, el consentimiento del general Rosas, y éste, lejos de prestarlo, excitó al general Oribe á que retirara su palabra, fundándose en que reconocerla de este modo la legitimidad del Gobierno de Montevideo y los actos de su administración, y en que no se tenían en cuenta para nada los dere...



chos y los intereses de la Confederación Argentina. Tal fué la causa de que estas negociaciones no condujeran, como se prometían los gobiernos aliados de Francia é Inglaterra, á un resultado amistoso<sup>(1)</sup>.

Con estos antecedentes, es fácil prever que el objetivo principal á que tendían los hombres de la Defensa de Montevideo, era no caer en manos de Rosas, cuya caída significaría la anulación completa de la República Oriental.

Dejo de nuevo que la palabra elocuente del Dr. Costa nos explique aquella situación:

«Era la hora. suprema de la desgracia. Nueve años de sacrificios sin ejemplo en la historia moderna de las naciones, habían puesto á prueba el temple y la constancia de los defensores de la nueva Troya.

Rosas, sin embargo, audaz y prepotente, amenazaba al Brasil y trataba de abrir operaciones sobre Río Grande, contando con la cooperación de jefes brasileiros de prestigio, como el general Netto. Amenazado con la invasión en sus provincias, se acuerda entonces que peligraba la independencia de la República Oriental, que había él mismo cooperado á aniquilar con su táctica y á veces oculta complicidad, durante nueve años.

La *amistosa* política del Imperio, esta vez como siempre, no debía desmentirse un solo instante. La ocasión no podía ser más propicia para legalizar sus viejas usurpaciones.

El momento de la extenuación era supremo.

Había reconocido la necesidad de movilizar sus ejércitos para cooperar con los nuestros y los del Gobierno de Entre Ríos á un *alto fin de interés común*; pero el precio venal de esos auxilios, no era él quien debía pagarlos, sino el más débil de sus aliados, la noble é infortunada República Oriental, en la hora suprema del abatimiento y del cansancio, con la mitad de su patrimonio y de su oprobio.

Antes que caer en manos de Rosas, los hombres de la Plaza lucharon desesperadamente en los campos de batalla, en la prensa, en el exterior, haciendo sus enviados diplomáticos propaganda ardorosa y entusiasta por su causa.

Al Brasil, á quien se tenía interés en atraerlo á la alianza, se envió la primera misión, encomendada al celo é inteligencia del Dr. Magariños, cuyas instrucciones dadas con fecha 26 de febrero de 1845 decían:

«... la línea divisoria debía empezar en el Chuy, en la costa del mar, costearo la margen occidental de la laguna Merim y la derecha del Yaguarón, terminando en la embocadura del Cuareim sobre el Uruguay, en la forma contenida en el Art. 2.º del Acta de la incorporación de 31 de julio de 1821; que el plenipotenciario en ningún caso traspasaría la extensión que se señalaba, respecto de *cesión de territorio*, cuidando de estipular explícitamente el dominio y

uso común de las aguas de la laguna Merim en la parte que sus costas sirve de límites, y del Yaguarón y Cuareim en toda su extensión; y que en compensación é indemnización de los terrenos á que la República tenía derecho, con arreglo al tratado de 1777, se señalaba el minimum de 1.000.000 de pesos, dejando al celo y habilidad del plenipotenciario su mayor extensión.» El Plenipotenciario uruguayo se atuvo en un todo á sus instrucciones, habiendo sido rechazadas, porque en 27 de abril de 1845, el Imperio presentó por intermedio de su Ministro don Ernesto Ferreyra Franca otro proyecto en esta forma: «... el puerto de Castillos Grande, quedando para el Brasil este puerto y por la parte sud la costa, desde la entrada del puerto en que hay un cerro, hasta encontrar la línea perpendicular á la costa, tirada de la línea del arroyo de San Carlos al rumbo Sudeste hasta el mar, seguir por este arroyo hasta su origen, quedando al Estado Oriental toda la margen derecha de dicho arroyo San Carlos, y todo el terreno al Sud de la supradicha línea. De la vertiente más al norte de este arroyo, seguirá la línea con dirección á los cerros de San Estevan, y de estos por la Cuchilla General, por la línea divisoria de las vertientes que dividen las aguas que vienen de la laguna Merim y van al río Negro, y así hasta la latitud del cerro de Aceguá; de aquí continuará la línea divisoria por el Aceguá y por una recta tirada de éste al Paso de Lazzano, siguiendo de allí por el arroyo de San Luis hasta la cuchilla de Santa Ana, continuando por ésta hasta la cuchilla de Tacuarembó y tomar después en dirección á los cerros de Lunarejo hasta entrar en el gajo principal del Arapey, en Mataojo, siguiendo por éste hasta su desembocadura en el Uruguay.»

En compensación de esta cesión de territorio, ofrecía el Imperio 1200 contos ó sea \$ 600.000 de nuestra moneda. ¡Siempre generoso el Imperio! Negocio de Shylock, pues se nos quería comprar por esa miseria, todo lo que actualmente es el Departamento de Rocha, Treinta y Tres, Cerro Largo, Rivera y Artigas!

En esta situación, fué nombrado el Dr. Dn. Andrés Lamas (noviembre de 1847) Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, para que llevara á buen término la misión que á su alto criterio había confiado el gobierno de la República.

Las instrucciones de Lamas, eran las siguientes, (*extractadas*)—«... debía buscar y ofrecer el medio que Vd, con los conocimientos que allí adquiriera, crea más eficaz, siendo conciliables con la independencia é integridad del Estado; procurar, por todos los que le sean practicable, que el Brasil ejerza, para dar fin á la guerra actual; la intervención de derecho y de interés político que está llamado urgentemente á ejercitar, antes que el Gobernador de Buenos-Aires consuma la conquista de este Estado; y asegurar una protección eficaz al establecimiento de un Gobierno, libremente electo por los orientales, garantizar su consolidación, y para ello, los primeros derechos del hombre, base de nuestras instituciones: son los objetos principales de la misión que el Go-

*bierno confía al civismo y á la inteligencia de Vd.* Para ello provee á Vd. de los plenos poderes que juzga necesarios en las diversas hipótesis que se le ocurran: cree que no hay caminos que por ellos no esté provisto y abierto.

En cuanto al de una alianza ofensiva, defensiva, ó de cualquier otro ajuste que tienda á nuestra conservación, el Gobierno se refiere á las instrucciones dadas al anterior plenipotenciario el 10 de mayo último, que se acompañan con los documentos de su referencia, y hacen parte de las presentes.

Por lo que toca al de límites, Vd. se registrará por la Memoria que también se acompaña. El Gobierno está decidido á no hacer concesión alguna territorial que deslustre los esfuerzos que él y los ciudadanos que combaten á su lado, hacen por el mantenimiento de la integridad nacional; pero deseando dar una prueba inequívoca de todo lo que aprecia la amistad del Brasil, autoriza á Vd. para celebrar un ajuste en la materia sobre una base altamente provechosa al Imperio, que Vd. hará valer como debe. Esta base es: que la República no hará coalición con los otros Estados, que, como ella, derivan su derecho del tratado de 1777, para el arreglo de sus límites con el Brasil; que se tratará esta cuestión por los dos Estados únicamente, y que, en caso de discordia, las someterán á la decisión de un tercero, amigo y electo por ambos.» Estas eran, poco más ó menos, las instrucciones que llevaba el Dr. Lamas á la corte del Janeiro, é iba á actuar en un medio desfavorabilísimo para con él; tanto es que en Villa Restauración (Unión) se creía seguro su rechazo y la aceptación del diplomático de Oribe que para esa fecha estaría en Río Janeiro y que lo era el general D. Antonio Díaz. Sin embargo, el Gobierno Brasileiro aceptó al Ministro de Montevideo y entabó bien pronto negociaciones con él; pero recién á fines del año 50 fueron que éstas tomaron un carácter decididamente de acuerdo con la política americana, que sustentaba el Plenipotenciario uruguayo. La situación de la plaza era tan difícil, que el Dr. D. Manuel Herrera y Obes, Ministro de Relaciones Exteriores, apuraba al Dr. Lamas para que precipitara la alianza del Imperio con el Paraguay, para forzar á Entre Ríos y Corrientes á entrar en la coalición, *cuyas consecuencias, decía, me esfuerzo en vano por abrazar*. Apuraba para que el Brasil obrara con independencia de lo que se hacía en Europa, y que *esto fuera antes de abril, porque así tendría dos meses de buena estación para la campaña, tiempo, agregaba, más que suficiente para obtener el más espléndido triunfo*. Las indecisiones del Brasil, hacían decir al Dr. Herrera, á pesar de las declaraciones del ministro Paulino, *que la marcha de su Gabinete se parara, y que las negociaciones, las intrigas, la chicana diplomática, que tanto ha servido á Rosas, nos perdiera para siempre; que la situación era tal que, ó salíamos pronto de ella, ó ella nos llevaba.*

En esta situación, el Gobierno de Montevideo no vaciló, y con riesgo inminente, todo lo aventuró, urgiendo al general Urquiza por una resolución pronta y definitiva, en

[1] Protocolo de la negociación de paz, promovida por los señores ministros plenipotenciarios de los Gobiernos intervinientes, iniciado el 21 de marzo, y terminado el 8 de junio de 1848. Publicación Oficial, Montevideo, 1848.



el sentido que se le había pedido. Entonces fué que, temiendo tropezar aún con las causas que hasta ese momento habían hecho impotentes los esfuerzos empleados para obtener ese resultado, á más de los informes verbales que se comunicaron, se le dirigió el notable memorándum de marzo 19 de 1851, destinado á demostrar una vez más que: «*Rosas era el único origen de las calamidades que por tan largo tiempo habían agobiado á estos pueblos, y que sólo él era el obstáculo para que cesasen, dando á estos países sólidas garantías de mejora y bienestar.*»

En esas negociaciones había que precaverse contra las intrigas y manejos diplomáticos con que los agentes ingleses, tanto en Río de Janeiro como aquí y en Buenos Aires, habían sostenido á Rosas; además, esas intrigas obraban ya sobre el propio gabinete francés, y la acción combinada de estos gobiernos los llevaba á imponer por la fuerza á la plaza de Montevideo el tratado *Almirante Lepedour*, en los momentos en que el Brasil iba á resolverse á entrar en la alianza.

Era tan crítica la situación, que después de estar resuelto el Brasil á intervenir en el Río de la Plata, reaccionó en presencia de la actitud europea y de la oposición de su ministerio, viéndose obligado á someter de nuevo á la consideración de su Consejo gubernativo, la cuestión de la paz ó de la guerra; trabajos en que no cesó por un momento lord Palmerston, *aun después de haberse celebrado la alianza con el Brasil*, á fin de impedir los efectos de la caída del Gobierno de Buenos Aires.

Oigamos al propio Dr. Herrera describir la escena: «El Consejo se hallaba, pues, reunido y hacía horas que discutía; la caída del eminente estadista que regentaba el ministerio de Relaciones Exteriores; y era la expresión de la política seguida, se empezaba ya á mirar como un hecho inevitable, cuando llegó el vapor *Golfinho* llevando la nueva del pronunciamiento del general Urquiza; y de un golpe mata todas las intrigas que se habían conjurado. . . » El doctor Herrera y el doctor Lamas no querían lucha guerrera con Oribe, sino combinación y pacto con sus jefes y oficiales, para que estos elementos pudieran servir en la lucha contra Rosas. Por eso en el memorándum del 19 de marzo de 1851, así se sostenía, y se terminaba diciendo: «La guerra, tal como se prepara, todavía no es un hecho; aun puede evitarse. Eví ese, pues, y hágase porque un acto espontáneo y franco cierre para siempre ese episodio sangriento y criminal que forma la vida política de estos pueblos en los últimos 40 años, y asegurar á estos Estados una paz, que, siendo honrosa y benéfica para los dos, sea la mejor garantía de su duración. Montevideo no pide más.»

Poco después se firmaba el tratado de alianza en Montevideo, y Urquiza al mando del Ejército Grande de Sud América, á los 30 días *cuadecaba ya el anchuroso Paraná con el más grande ejército que habían reunido estos tres países, y sin tirar un tiro, se cubrieron de gloria en los campos de Caseros.* Con este motivo, relataré un episodio insignificante, pero llamativo y enta-

siasta. Curiosa fué aquella escena en que el ministro Dr. Herrera y Obes, acompañado de otros ciudadanos distinguidos, se presentó en Entre Ríos á fin de atraer á Urquiza á la alianza. [El general Urquiza era hombre de pocas palabras; pero como todo hombre de mundo, y sobre todo hombre criollo, tenía también su manera de manifestar sus pensamientos.

En medio de aquella gente, en que cada uno tenía su divisa, que representaba para ellos el signo de sus ideales, estaba el doctor don Manuel Herrera y Obes asistiendo á unas carreras.

En aquellas carreras, en medio del movimiento del gauchaje; entre el ruido de las espuelas, las bromas y la ironía de la palabra de nuestros hombres de campo; bajo un cielo espléndido que iluminaba aquel abigarrado y heterogéneo conjunto, el general Urquiza toma su poncho, y en el momento de mayor expectativa, en el instante en que iban á lanzarse á la carrera dos veloces animales, don Justo José de Urquiza da vuelta su poncho y se lo coloca, apareciendo con otro adornado con listas celestes y blancas. ¡Era el signo del pronunciamiento! Y entonces, los gaúchos todos, con un solo grito, gráficamente pintaron la nueva situación política: «*El viejo se ha dado vuelta el poncho!*» La caída de Rosas era inminente.

Nuestro Plenipotenciario se ajustó siempre á sus instrucciones, y cuando fué apurado por la plaza, sobre las negociaciones entabladas, contestó al Dr. Herrera: «Las bases del proyecto de límites eran las mismas que en 1845 presentó la República, todo lo cual no dió resultado, porque el Brasil no había cambiado de opinión, en la seguridad dada, por don Tomás Guido, de que M. Le-Pre-dour iba á concluir un ajuste que importaba el abandono de la Francia, negociación rechazada, porque el Brasil entendía que nada eficaz podía hacerse para salvar á Montevideo, y que intentándolo, sólo lograría empeñarse en mala oportunidad en una guerra con Rosas.» En otra comunicación de fecha 11 de mayo de 1849, decía: «El éxito de las últimas desgraciadísimas tentativas, debe haber puesto para todos en irresistible evidencia que no nos queda término entre sacrificar todo lo que hemos defendido, ó apoyarnos decidida y exclusivamente en los extranjeros, en las relaciones y combinaciones exteriores. Es necesario, pues, es urgente cambiar la situación y el concepto en que nos encontramos, para que podamos esperar resultados favorables de relaciones exteriores; para que estemos siquiera en estado de capitular, si la Europa nos abandona y el Brasil no se decide.»

Me veo en la necesidad de fatigar vuestra atención con la lectura de estos detalles históricos que precedieron al tratado de 1851, porque los creo útiles á la claridad y mayor comprensión de la exposición. Continúo.

Con el tratado de 1851, sucede algo original: ni los brasileiros, ni los orientales, ni los argentinos lo acatan, ni lo aceptan.

Los Brasileiros sostienen que el tratado válido y subsistente es el de 1819; los orientales, que es el tratado de 1777, y los argentinos, que es la línea divisoria de la an-

tigua intendencia de Montevideo, que nos daba por un lado el Arapey, y por el otro el Atlántico, con propiedad absoluta sobre la Laguna Merim y el Yaguarón.

Los primeros creen que nos han hecho un servicio con aceptarnos los límites del año 21, y que Lamas triunfó en la jornada; los segundos creen que Lamas se vendió al Brasil, que hemos perdido mil quinientas leguas de tierra hasta el Uruguay Pitá; y los terceros agregan que nosotros no tenemos más derecho que á las tierras que hayan querido darnos los brasileiros y argentinos, y que, por consiguiente, el Dr. Lamas no pudo celebrar el tratado de límites sino conjuntamente con éstos, habiendo renunciado á territorios que no nos pertenecían, porque eran propiedad de la República Argentina, y adquirido nosotros tierras que no eran nuestras y que tampoco pudo cederlos el Imperio del Brasil. ¿Qué dirían los que atacan al diplomático uruguayo si supieran que la República Argentina ha mandado borrar de su Registro Oficial el decreto de aprobación prestado por la Confederación Argentina, por intermedio de su Plenipotenciario el Dr. Dn. José Luis de la Peña, y con la firma del general Urquiza que lo ratificó el 15 de mayo de 1852 y que aprobó, el tratado de límites de 1851? ¿Qué dirían si supieran que esto fué materia de un grave disgusto entre el general Urquiza y el Dr. Peña?

¿Qué dirían si supieran que el soberano congreso Constituyente de Santa Fe, á quien Urquiza se dirigió en 1852, no quiso ratificar semejante tratado garantido por la República Argentina, porque él era fatal á los intereses de aquel país y sólo benéfico para nosotros y el Brasil?

Los tratados fueron ratificados por el Gobierno Provisorio de Montevideo, llevando las firmas de ciudadanos como Dn. Joaquín Suárez, Dr. Manuel Herrera y Obes, Lorenzo Batlle y el general José Brito del Pino, el 12 de octubre de 1851, y ratificados por el Gobierno constitucional el 4 de julio de 1852, siendo refrendado su decreto y ley por personalidades como Dn. Juan Francisco Giró, el Dr. Dn. Florentino Castellanos y el ciudadano Dn. Bernardo P. Berro, este último como Presidente del Senado.

Este tratado de 1851, tan criticado y discutido, como así mismo lo han sido sus autores, principalmente el Dr. Andrés Lamas, creo y opino, según mi criterio y el juicio que me he formado después de estudiarlo pacientemente y con toda minuciosidad, que las mayorías de esas críticas son hijas del poco estudio, y resultado del peor criterio histórico al juzgarlo. Razón tenía el ilustrado Dr. Mateo Magariños Cervantes al estudiar esta cuestión en 1882, «de que no era posible abstraer esos tratados de la época y de los fines en que se firmaron.»

Los pueblos en sus desgracias, nunca tienen para criticar á sus hombres la debida serenidad de espíritu, ni el verdadero sentimiento de justicia; muy al contrario, en esas horas de debilidades cobardes, se busca á un hombre para convertirlo en víctima expiatoria de las odiosidades públicas. El verdadero juicio, la opinión consciente, se forma después de estudiados el medio y la época



como también lo que humanamente pudo hacer el hombre á quien se fustiga y ataca. Adolfo Thiers, cuando impugnaba á sus conciudadanos, que, ilusos, querían la guerra con Alemania, era el traidor á la patria; pero, cuando después de la derrota, hubo que entregar pedazos de territorio y cinco mil millones de francos, entonces la Francia, que le llamó para consumir este acto, se levantaba en plena Asamblea y le decía: «¡He ahí el salvador de la nación!»

No fué el Dr. Lamas, Ministro en Río Janeiro, ni el Dr. Herrera y Obes, Ministro de Relaciones Exteriores, los solos autores del tratado del 12 de octubre de 1851. No; fué el país entero, con sus revoluciones y miserias que despertaban la codicia del vecino; fué el resultado de las revoluciones que trajo el extranjero; y, porque en aquella situación, entre Rosas y el Brasil tuvo que elegir la playa, y para salvarse, prefirió al neutral antes que al enemigo aliado también al extranjero. Fueron tratados arrancados por la dura ley de la necesidad, como lo fueron los de los años 19 y 21.

Cuando fuimos fuertes, relativamente, en 1825, pudimos en *Piedra Alta*, declarar con el filo de nuestros sables, *tritos, nulos y sin valor alguno*, lo que por la fuerza y la imposición brutal habíamos suscrito.

Esa y no otra era la situación del Dr. Lamas al firmar el tratado de 1851. En nota dirigida al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Dn. Manuel Herrera y Obes el 13 de octubre de 1851, decía: «Los Plenipotenciarios del Brasil, á quienes debía visiblemente hacer cuestiones de pedazos de tierra, máxime cuando yo les mostraba este mundo rico y en su mayor parte desierto, que cubre la bandera Imperial, hicieron un visible esfuerzo y me ofrecieron un proyecto en que consignaron el *mínimum* de las proposiciones que les era posible hacer. *O eso ó nada*».

Recibí el proyecto que adjunto en copia á V. E., y prometí estudiarlo y decir la última palabra en la materia en una sesión próxima.

Había tomado, como ya dije á V. E., la base del *uti possidetis*, no sólo porque á ello me autorizaban mis instrucciones, sino porque prácticamente no había otra conciliable con la paz, y mucho menos con la alianza.

«*O eso ó nada*, le dijeron los Plenipotenciarios brasileños que resolvieron con D. Andrés Lamas la cuestión de límites. Esa fué la actitud que asumió el Brasil, una actitud de imposición disculpada por los sucesos á que concurría; y el Gobierno que eso aceptó, no tuvo otro remedio que proceder de ese modo. Era preciso concluir en la forma posible con el poder de Rosas y salvar todo lo que se salvó con el triunfo de la Defensa de Montevideo. Al tomarse por base el *uti possidetis* en todo lo que se relacionaba con nuestros límites y libre navegación del Yaguarón y Laguna Merín, en 1851, creo que nuestro Plenipotenciario, como lo he demostrado, no traicionó los intereses de la patria; en esos momentos críticos y apremiantes era lo mejor que podía hacerse; su conducta en 1851 deja á salvo su honorabilidad. Al juzgar la conducta de Lamas en esa época, se inocula siempre el virus de la pasión partidista en el debate, y es claro, la influen-

cia de la atmósfera que se respira, caldeada por el fuego de la política, hace casi imposible la justicia y obliga á salirse del terreno sereno y tranquilo de la discusión amplia y elevada en que se debiera debatir. En nuestro tiempo hemos visto exclamar á Julio Favre, á propósito de la guerra franco-prusiana: «No le daremos al vencedor ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas;» y sin embargo, Julio Favre, con las lágrimas en los ojos, tuvo que firmar en Versalles el tratado por el cual se cedían á la Prusia, la Alsacia y la Lorena, y no piedras de fortalezas, sino fortalezas importantísimas en el mapa político europeo. Y á pesar de ello, el republicano Favre no desmereció en nada á los ojos de sus conciudadanos.

La siguiente inspirada página, escrita por el genial autor del *Facundo*, será un argumento más en favor del criterio histórico en que me baso, al juzgar la actitud de los eximios estadistas Dr. Herrera y Obes y Lamas, como podría transcribir también las opiniones de personalidades tan altas como la de Rivera Indarte, Wrhigt, Juan Carlos Gómez, etc.

«..... Montevideo, como se sabe, fué el último atrincheramiento en que hicieron pie las resistencias argentinas y orientales contra la triunfante tiranía de Rosas. Arroyados nuestros ejércitos en Mendoza y Tucumán, los orientales en el Arroyo Grande; esterilizada la victoria de Caaguazú y más tarde vencido Corrientes en Vences, Montevideo quedó solo en la lucha; sosteniendo en medio de peripecias sin ejemplo en la historia, el sitio célebre de nueve años, y de cuya defensa salió otra vez, como de la chispa que no alcanzó á extinguirse en el incendio, la nueva conflagración que había de concluir con Rosas y su sistema.

Montevideo, pues, por la necesidad de salvarse, era el centro de esas resistencias en que vino á embotarse el poder salvaje de Rosas.

Lo era, por la triunfante resistencia de las armas; por la superioridad moral que la táctica desplegaba todos los días contra el sistema de gauchos armados; por el espíritu militar desenvuelto en las clases superiores de la sociedad; por los soldados agueridos que se formaban allí y que más tarde podrían llevar la guerra al otro lado del Plata; lo era, en fin, por los esfuerzos del Gobierno para sostener el sitio y la necesidad de tocarlo todo, aun lo imposible, lo inverosímil y lo absurdo, para proveer á la salvación común.

PABLO ZUFRIATEGUI (HIJO).

(Concluirá.)

## SUETOS

A los periódicos del interior de la República y á algunas revistas é ilustraciones bonaerenses que acostumbran reproducir artículos y poesías de la REVISTA NACIONAL suplicamos que no olviden, siempre que lo hagan, citar la procedencia.

Tenemos el placer de comunicar á nuestros lectores que la distinguida escritora peruana Da. Clorinda Matto de Turner, autora de la hermosa novela *Aves sin nido* y que goza de una reputación digna de sus méritos, ha honrado á esta REVISTA con un trabajo literario que publicaremos en el próximo número.

Nuestros lectores gustarán, pues, en breve, ese trabajo literario que excusamos recomendar y al que, según carta particular recibida de dicha escritora, han de seguir muy en breve otros.

La redacción de la REVISTA NACIONAL agradece de todas veras á la Sra. Matto de Turner la exquisita deferencia que ha tenido para con ella al enviarle el referido trabajo que trataron en vano de obtener algunas revistas de la vecina orilla.

Nuestro colaborador el señor don Constantino Becchi ha dado á las cajas una nueva producción poética que, no lo dudamos, obtendrá unánime aplauso del público y la crítica. Titula el infatigable y laborioso poeta su nuevo poema *Un canto de ultratumba*; y es una composición escrita para la velada literario-musical que se efectuó el 24 de Octubre ppdo. en homenaje á la memoria del ciudadano José Pedro Varela.

También nuestro colaborador José Antonio Mora ocupase en dar la última mano á la novela que rotulará *Cosmopolita*... y de la cual, como primicia, ofrecemos hoy á nuestros lectores el capítulo primero.

He aquí un buen puñado de noticias literarias de allende el Atlántico:

—Benito Pérez Galdós lleva muy adelantados los trabajos de su nueva novela titulada *Halina*.

—En el teatro de la Comedia, nuestro colaborador y amigo D. Juan Torrendell estrenará en breve su drama en cuatro actos, *Currita Alborno*, que escribió aquí en Montevideo, inspirándose en la renombrada novela del P. Coloma «Pequeñeces».

Será un nuevo éxito que conquistará el autor de *El Picaflor* y *Fanfollos*.

—D. Juan Valera está terminando una novela que rotulará *Juanita la larga*. La acción ocurre en un pueblo de Andalucía.

—El autor de *La Generala* y *La Quintañones*, Martínez Barriónuevo, está terminando en Córdoba su nueva obra titulada *Anapolas*.

—El conocido poeta Salvador Rueda escribe actualmente en Málaga un poema épico que llevará el nombre de *El Bloque*.

—Bajo el común título de *Desesperadas* en breve aparecerá una colección de poesías originales del señor Obdulio Castel del Valle.

En la composición de nuestro distinguido colaborador D. Ramón de Santiago *Acuarelas Uruguayas*, publicada en el número anterior, se deslizó el siguiente error tipográfico. En el verso que decía:

«Y en el inmenso azul de los espacios»  
suprimióse la palabra *en* alterándose así el sentido y la medida del verso.

Tipo-Lito ORIENTAL, C. Treinta y Tres N.º 112, Montevideo